

LA REVISTA BLANCA

SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y ARTE

AÑO III.—NÚM. 60.

ADMINISTRACION:
CRISTÓBAL BORDÚ, 1.—MADRID

15 de Diciembre 1900

SUMARIO

SOCIOLOGIA: *Mirando á lo porvenir*, por Anselmo Lorenzo.—*La anarquía: su fin y sus medios*, por Juan Grave.
CIENCIA Y ARTE: *La herencia psicológica*, por Ch. Ribot.—*Crónica científica*, por Tarrida del Mármol.—*París*, por Emilio Zola.
SECCION LIBRE: *La historia*, por Donato Luben.—*Medios de emanciparse*, por José López Montenegro.
TRIBUNA DEL OBRERO: *Entre jaras y brezos*, por Aurelio Muñiz.—*El obrero libre*, por Enrique Güemes.—*Despido y maldición*, por Félix Corominas.

SOCIOLOGÍA

MIRANDO A LO PORVENIR

Los escépticos y los pesimistas, al hacer el balance del siglo que termina y ver cumplidas sus fatídicas profecías, tendrían motivo para regocijarse si las manifestaciones de alegría no estuvieran esencialmente excluidas de su sistema.

Todo el conjunto de males contenido en la odiosa frase *la lucha por la existencia*, con que pretenden representar científicamente la manera general de vivir, ha tenido plena y completa confirmación: naciones que se agigantan por la fuerza y la emplean para dominar por las armas y por los tratados leoninos; naciones que se empequeñecen ó que pasan á ser provincias ó colonias de las engrandecidas; colonias que intentan emanciparse y sólo consiguen cambiar de amo perdiendo en el cambio; clases ricas que reducen el número de sus individuos, pero que se fortalecen hasta constituir esos sindicatos ó *trusts* á la americana, que giran hasta por miles de millones; familias obreras que se disuelven por la emigración, la enfermedad ó la muerte prematura; millones de habitantes que ocupan extensos territorios en Rusia y en la India sufriendo las horribles torturas del hambre.

Ante tan tremendo cuadro bosquejado aquí con cuatro rasgos á título únicamente de dato recordatorio, resultan falaces y nulas las promesas de los místicos, de los filósofos y de los políticos, y, como resumen, las de los legisladores y gobernantes, ya que todos nos prometieron un mundo mejor, y, por consiguiente, quedaron defraudadas las esperanzas todas que se fundaron en las religiones, en los sistemas y en los partidos.

Razón habría para calificar duramente á los que prometen y á los que esperan, lo mismo á los que engañan por malicia que á los que se dejan engañar por ignorancia, si no se tuviera en cuenta que la justicia y la economía son producto de la ciencia; que ésta no se adquiere por intuición ni revelación, sino por observación, estudio y aprendizaje, y que durante el largo y penoso período de estudio que la humanidad

viene pasando, la necesidad apremiante de la vida y los espejismos de la pasión nos han obligado á adoptar métodos absurdos é injustos, verdaderos *modus vivendi* que la rutina, los intereses creados y, sobre todo, la ignorancia, trataron siempre de convertir en definitivos.

Nos hallamos al término de un siglo y á la vista de la inauguración de su sucesor, y aunque el tiempo por sí nada sea, y valga sólo por la sucesión del movimiento y la suma de los acontecimientos que en él tienen lugar, ello es que no podemos sustraernos al efecto que en nuestra imaginación causa una unidad ó una serie de unidades temporales transcurridas, ora sea por lo que afecta al límite de nuestra vida, al logro de nuestras esperanzas y á la realización de nuestros ideales; y aquí es oportuno dirigir nuestra consideración á lo porvenir, y, en vista de los desengaños ocurridos en el siglo XIX, proponernos averiguar qué pensarán y sentirán dentro de cien años nuestros sucesores al hacer el balance del siglo que terminará y el juicio del que ha de empezar.

Porque si los pesimistas, fundándose en los hechos interpretados á su manera, desconfían de la bondad de las intenciones, niegan la sinceridad de las doctrinas y afirman como síntesis una especie de sálvese el que pueda, necesario es que los que sabemos que el perfeccionamiento es ley ineludible de la vida humana, y la perfección su objetivo tangible, reivindiquemos la dignidad humana y expongamos nuestros títulos á la consideración de las gentes, y, frente á la torpe excitación al mal y consiguiente justificación de la iniquidad, opongamos la certidumbre de que el bien avanza siempre y continuará avanzando hasta llegar un día á ser en la realidad lo que los desconfiados de sí propios y de sus hermanos atribuyeron á la concepción deífica, es decir, el absoluto bien.

Hasta el día, las llamadas conquistas del progreso se han contenido ante un obstáculo insuperable: el concepto práctico y jurídico de la propiedad.

Grande es la evolución operada en el mundo en el sentido de la igualdad, si se considera la inmensa distancia que separa á un faraón, por ejemplo, de un ciudadano de nuestra moderna democracia; pero escasos son los efectos sociales producidos por ella, si se tiene en cuenta lo poco que va de un esclavo de la antigüedad á un asalariado de nuestros días.

Hijo del sol, dueño del mundo, emperador de reyes, amo de todo lo que se hallaba dentro de las fronteras de su reino, megalomano rabioso; esclavos suyos eran los sacerdotes, monopolizadores de la ciencia; los guerreros, rapaces conquistadores y defensores de lo conquistado; los traficantes, abastecedores del mercado con los productos de todos los países, y los trabajadores, más bajos aún que los precedentes, puesto que eran cosas poseídas por esos mismos esclavos: tal era un soberano en la antigüedad.

Pero aquellos esclavos se emanciparon, y hoy constituyen esa burguesía que gobierna, legisla, usurpa, triunfa y derrocha sin freno, mientras que los verdaderos esclavos, los que en la antigüedad sufrían todas las penas y soportaban todos los oprobios, tienen hoy sus continuadores, si iguales á sus correligionarios contemporáneos en el catecismo de la doctrina cristiana y libres como todos sus conciudadanos en el texto de la Constitución de los Estados, tan humillados, envilecidos y miserables de hecho como sus desgraciados ascendientes.

La propiedad del endiosado se fraccionó con el tiempo, sufrió numerosas transformaciones; pero conservó siempre su carácter esencialmente individualista: todo el que

gozó derecho individual por tener personalidad propia y bien definida fué propietario, y su derecho de apropiación se extendía á todo lo que se hallaba bajo su nivel, hombres inclusive. Todo el que después ganó derecho personal se niveló con los que antes eran sus superiores, y adquirió, por tanto, carácter de amo. Individuos fueron los señores, y, como tales, propietarios también. Individuos llegaron á ser los burgueses, y la desamortización les confirmó en sus derechos permitiéndoles la participación en el festín propietario; pero cerraron la puerta detrás de sí, dejando fuera á los proletarios, que no son individuos, sino *masa*, el *pueblo*, la colectividad impersonal, y, por tanto, infelices que adquieren el derecho de poseer filtrado por el tamiz del salario, que, como sujeto á las oscilaciones de la oferta y la demanda, siempre se halla por bajo de la necesidad, y sólo poseen, mientras pueden, lo indispensable para no morir y desarrollar fuerza productora, muriendo al fin á mano airada, ya que el término medio de su vida, lejos de alcanzar el tipo general señalado á la especie humana, es inferior en muchos años al de las otras clases sociales.

Garantía de la libertad es la propiedad, según la famosa declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, lanzada al mundo desde el Sinaí de la Convención, al decir de Víctor Hugo, y al hacer esa declaración se tuvo en cuenta la propiedad en su forma histórica y en su existencia práctica, de ningún modo se la consideró en su forma racional y científica, y por lo mismo, despreciando el legislador revolucionario á aquellos *sans-culottes* que fueron los principales agentes de la Revolución y que sólo poseían la vida, de que hacían heroica donación á cada momento en las barricadas, en los campos de batalla y hasta en la guillotina, se retrotrajo el efecto revolucionario á favorecer á los privilegiados, y se dió el caso de que aquellos aristócratas tan perseguidos durante el Terror rojo, aliados después con la burguesía triunfante, fueron los principales usufructuarios de la Revolución, llegando algunos años después á gozar de la cruel satisfacción de la venganza durante el Terror blanco, mucho más sanguinario que el otro, no sólo por el mayor número de víctimas, sino por no tener la excusa de servir á un ideal noble y levantado.

La propiedad, es cierto, es garantía de la libertad, y por eso constituye el objetivo revolucionario; pero no esa propiedad que constituye la porción de bienes que la ley garantiza á cada ciudadano, como define la Declaración citada, sino una propiedad común, indivisa, inviolable, como el aire que respiramos, la luz que nos ilumina, el suelo que nos sustenta, y ese Océano que humedece la atmósfera, presta caudal á los ríos, provee nuestras fuentes y fecundiza nuestros campos, y á ese objetivo que los anarquistas llamamos el patrimonio universal se dirige el proletariado militante, recusando la legislación usurpadora, despreciando todos los prestigios autoritarios que la sostienen, combatiendo la fuerza en que se apoya, convencido de que esa propiedad fraccionada de que hasta hoy y hasta el gran día de la justificación revolucionaria disfrutaban nuestros tiranos y explotadores, es como el botín de guerra que los usurpadores retiran de ese gran campo del mundo donde tiene lugar la malhadada lucha por la existencia.

Volviendo ahora, para terminar, al juicio que nuestros sucesores formarán dentro de cien años, sólo es cuestión de preguntarse: ¿Durará hasta aquella fecha el actual régimen propietario? Respondan afirmativamente conservadores, escépticos y rutinarios de aquellos que suelen decir con estúpida malicia: «eso está muy lejos»; niéguelo los revolucionarios más ó menos impacientes. Por mi parte no aventuraré una profecía; sólo sé que no es eterno, y, fundándome en consideraciones que hoy no expon-

go, ni siquiera duradero. Más aún: lo que no se haga en el siglo xx se hará en los sucesivos; porque sólo á condición de que nuestro planeta deje de existir, dejará de realizarse la necesaria y suspirada revolución social con todas sus legítimas consecuencias.

ANSELMO LORÉNZO.

LA ANARQUIA

SU FIN Y SUS MEDIOS

XXII

La educación (1).

La educación autoritaria.—El Estado profesor.—Cómo se deforma un cerebro.—Resultados de la enseñanza oficial.—Resistencia del espíritu de crítica.—Rebajamiento del carácter moral.—La libertad burguesa.—Regreso hacia una educación más racional... para uso de la burguesía.—Tentativa anarquista.—Decir y hacer...—La Paline y los economistas.—La ley del menor esfuerzo.—Interdependencia de los hechos sociales.—Lo que debe ser la enseñanza racional.—La coeducación de los sexos.—La educación actual no es lógica.—Hipocresía.—Lo que hace la enseñanza burguesa.—Dificultad de desembarazarse de las primeras nociones recibidas.—Obra revolucionaria.

En diferentes ocasiones muchos de nosotros hemos oído lamentarse á algunos padres que, deseosos de dar á sus hijos una educación sana y lógica, les era materialmente imposible en la sociedad actual.

Lo que ha sido y es la educación todo el mundo lo sabe; hasta los burgueses más conservadores empiezan á hallarla deficiente y nociva.

La educación acaparada por el Estado no puede darse sino con restricciones y hasta la prohíbe á las familias sin ciertas condiciones que la ley y la costumbre imponen. Fundados en la *verdad original* de que el hombre es un ser perezoso, se ha creado una casta encargada de la enseñanza que obliga á pensar y obrar según sus conveniencias, y que ha tenido buen cuidado de pervertir los sentidos, fomentar el error y corromper la satisfacción de las necesidades, instituyendo la voluntad y el método por las necesidades mismas. Así es que en vez de desarrollar el deseo de aprender que todo individuo posee; en vez de inspirarse en los resultados adquiridos para facilitar el progreso en toda conciencia que despierta y hacer la tarea agradable, han convertido la educación en un instrumento de tortura y la escuela en un antro odioso.

Pretendieron, por fuerza, meter en la cabeza del hombre ideas que no estaban seguros de comprender los mismos profesores, y con tan torpes procedimientos han conseguido hacer repugnante la educación hasta para los más deseosos de aprender.

El sistema, cuyo resultado era modelar las conciencias según el deseo de los educadores, matar la iniciativa del educando y llenarle la cabeza de ideas hechas, para lo que sólo se necesita memoria y nada de espíritu de crítica, ha hecho muy bien el negocio de cuantos han tomado como misión dirigir á la humanidad, y por esa razón, para ellos poderosa, no han intentado modificar el sistema, sino perfeccionarlo en ese sentido; porque lo mismo que la organización capitalista, ha sido creada por la fuerza

(1) Faltan dos artículos para concluir esta hermosa obra. Después publicaremos la última de Kropotkin, *Campos, fábricas y talleres*, traducida por Fermín Salvochea.

de las cosas y no según un plan preconcebido. La educación se ha formado según nuestra ignorancia y sistematizada luego por los que con ello obtenían provecho.

*
* *

Inculcar el espíritu de obediencia y de sumisión á los amos, anular la voluntad del ser ante la autoridad superior, siempre abstracta, y representada por hombres de carne y hueso: curas, graduados de todas las *especies*, civiles ó militares; guardia civil, juez, policía, diputado, rey ó portero con galones, fue siempre tarea de los encargados de educar la juventud. Actualmente tocamos los resultados.

Tan á maravilla han conseguido sus propósitos, que los que se aprovechan de los efectos se quejan porque el mal que deseaban sólo para los explotados, les ha alcanzado á ellos mismos.

¡La fatal obra está ante nuestra vista! Hombres con pretensiones de inteligentes se declaran paladines de lo falso, de la iniquidad y la mentira para alargar la vida á instituciones decrepitas que mueren víctimas del autoinfección de sus propios principios, sin darse cuenta de que contribuyen á acelerar los pocos días de su existencia.

Y esta deplorable compresión la sufre nuestra especie desde hace ya muchos siglos. Las generaciones se suceden, y unas tras otras han tenido que dejarse petrificar el cerebro, recitando como artículos de fe las divagaciones de sus dueños y señores.

¿Cómo ha podido el espíritu de crítica resistir á tan formidable compresión? Es que si resulta fácil obtener una sumisión aparente, es imposible matar en los individuos su pensamiento íntimo, porque ni á ellos mismos les es posible cambiarlo. Se les puede obligar á que obren diferente de lo que piensan y hasta á hacer cosas opuestas á su razón. No le faltarán argumentos á quien así proceda para probar que tenía motivos para obrar así; pero la necesidad misma de justificación prueba que no está contento de sí mismo, y he ahí el por qué de tiempo en tiempo se levantan gritos de protesta contra el error y la mentira.

*
* *

Pero si el carácter intelectual del ser humano, refugiándose en su fuero interno, ha podido resistir la compresión y hasta salvarse de ella, no ha sucedido lo mismo con el carácter moral. En vez de la franqueza é independencia de carácter que debe ser la misión en todo hombre, no se halla más que hipocresía y respeto á las conveniencias que interiormente odiamos, pero que no nos atrevemos á combatir, por temor á morirnos de hambre, por no disgustar á éste ó aquél de los que nos rodean y constituyen nuestras relaciones ó por temor de parecer extravagante, ignorando que la raza constituye el fondo mismo del desarrollo individual. Así, en vez de procurar elevarse y hacer esfuerzos para levantarnos de la bajeza en que yacemos, sólo tenemos una finalidad: no ser nota discordante en el concierto de mentiras y convencionalismos en que vivimos.

Por todas partes se hallan gentes que para no luchar por la vida procuran subirse al carro del Estado, y por doquier el hombre sufre opresión y tiranía, convencido por educación de que la esclavitud es justa, caso que no se daría si no hubiese seres encargados especialmente de convertir la esclavitud en necesidad social. La miseria sufrida por los que producen no puede resistirse sin enfermar ó morir, y la autoridad, buena protectora de los privilegiados, enseña ó impone á los explotados la venta del fruto de su trabajo, afirmando que sin una organización tutelar que conmueva la mayor parte de las energías humanas, los hombres se disputarían el pan como los perros los huesos.

Y así va el mundo; tropezando y cayendo en las mentiras y la tiranía, convertidas en escollos que impiden el desenvolvimiento humano.

No pudiendo la maldad social interrumpir el progreso de la ciencia, le ha puesto trabas centralizando su expansión, reservándole cuidadosamente para su casta y teniendo muy buen cuidado de que sus útiles filtraciones no lleguen hasta los desheredados, lo cual no ha sido posible; pero desnaturalizándola con prejuicios absurdos han conseguido falsear su concepción de modo que llegue á éstos completamente sofisticada. Esos prejuicios, esas ideas modeladas como objetos fabricados y esas nociones falsas de todas las cosas, están encarnadas en nosotros de tal modo, que bien pudiéramos decir que las llevamos desde que nacemos como conjunción anexa á nuestra existencia, constituyendo nuevos obstáculos para emanciparnos intelectualmente.

Las funciones del poder son más funestas cuando obran en forma perversa que cuando hacen uso de la fuerza; los excesos en este segundo caso engendran con frecuencia la protesta; pero contra los que abusan de nuestra ignorancia, falseando en nuestro espíritu las nociones de justicia, ¿qué remedio nos queda?

*
* *

Se nos asegura por doquier que vivimos en un régimen de libertad. No podemos negar, en efecto, que en ciertos casos se nos permite decir bien alto lo que pensamos y lanzar alguna verdad al rostro del sistema que nos mata. Ciertamente que de vez en cuando algunos meses de prisión llaman al orden á los que van mas allá de lo conveniente, lo cual es una advertencia para que no olvidemos que la autoridad no abdica sus nefandas prerrogativas; pero la prisión política no es para asustar á nadie y puede á veces ser tan útil que no falte quien la desee; actualmente se puede proclamar la verdad, porque el presidio y la muerte violenta sólo les está reservado á los que, hartos de abstracciones, quieren realidades (1).

Además, si sólo fuera cuestión de dar la vida para que la verdad se abriera paso, no constituiría eso un gran obstáculo: el camino del progreso está cubierto de cadáveres; cuantos no pudieron resistir el impulso de la verdad contra las mentiras de su época, perecieron en él.

Pero si desde el punto de vista judicial no es muy expuesto ser campeón de la verdad; si se puede combatir el poder político, no sucede lo mismo con la organización económica, cuya fuerza y poderío es incalculable. ¡Las trabas y las cadenas que ha puesto al pensamiento humano son innumerables!

¡Cuántos individuos sabrían morir dignamente y son incapaces de resistir á una miseria prolongada! ¡Cuántos también la soportarían ellos mismos, pero que los deberes de familia mata su espíritu de independencia, por el cual armonizarían sus actos, sus escritos y sus palabras!

¡Libres!... Somos libres; sólo que como no podemos vivir sino alquilando nuestras fuerzas para producir, y los que las explotan no quieren que se altere en nada el estado de cosas que tanto bien les produce, se vengán matando de hambre á cuantos

(1) En este párrafo, fiel trasunto del original francés, hay bastante del adagio popular: «Cada cual cuenta la feria según le ha ido en ella», pues si nuestro amigo Grave no ha sufrido en sus frecuentes y prolongadas detenciones, no pueden decir lo mismo muchos cientos de compañeros, que sin haber hecho tanto como él para convertir en realidad la verdad, han sufrido en Francia martirios y privaciones de toda especie. Lo sé de buena tinta. —(N. del T.)

pretenden turbar tan magnífica sociedad, privándoles del trabajo con cuyo salario atienden á sus necesidades y á las de los suyos.

*
* *

La enseñanza oficial, ayudada con el temor al mañana, ha matado la individualidad en el hombre, ha deprimido su carácter y rebajado sus energías, hasta el punto de que los mismos burgueses gritan alarmados contra la general decadencia, y quieren obrar en contra, creando para los suyos, al lado de su antigua obra, una nueva enseñanza que despierte las energías enervadas y las muertas iniciativas. Con este objeto M. Demolins ha publicado un libro sensacional, *L'Education Nouvelle*, anunciando la apertura de una escuela de este género.

«Suscitar las cuestiones al alumno y descubrir sus aptitudes para dirigir las, hacer de modo que éste no aparezca inferior ante los profesores, con objeto de crear su personalidad frente á otra, al mismo tiempo que se abre su inteligencia y se forma su intelectualidad; ejercitar sus músculos en trabajos manuales para que aprenda á servir de sus miembros; despertar su enulación atraído por lo que aprende y no por recompensas ó castigos siempre arbitrarios», he ahí lo que propone M. Demolins, y he ahí también lo que nosotros queremos y que ni nosotros ni él hemos inventado. Mlle. Dupont practica este género de enseñanza desde hace diez y siete años en su escuela profesional, *Avenue des Ternes, 96*, y este mismo método está ya en vigor hace muchos años en Inglaterra, según nos dice el mismo M. Demolins y afirma M. Lererc en un informe por él publicado con el título de *L'Education de classes moyennes et dirigeantes en Angleterre*.

Pero M. Demolins cree en la legitimidad de la propiedad individual y está convencido de la legalidad del capital. Las energías é iniciativas que intenta despertar son las de esos capitalistas á la moderna que no retroceden ante ninguna innovación cuando se trata de alcanzar un máximo de producción, sin que les mueva á emprender estas empresas ninguna consideración sentimental, acostumbrados como están, por el juego de sus intereses, á no ver en el personal que emplean más que herramientas, que cuando se deterioran se arrojan lejos de sí al montón de las cosas inútiles. Además, M. Demolins cree en Dios, y todos los espíritus libres saben que el amor de Dios nunca ha impedido que se esquile á cuantos seres, por su omnimoda voluntad, se ponen bajo la tutela de otros.

Tal vez sin querer, M. Demolins nos prepara una hermosa generación de dignos señores que se encargarán de *apretar los tornillos* sobre la misera existencia del proletariado, si los acontecimientos, superiores á la voluntad humana, no cambian el curso de las cosas.

*
* *

El deseo, la necesidad de salir de la enseñanza embrutecedora del Estado, ha sido causa de que algunos de nuestros compañeros hayan intentado crear un embrión de escuela, en donde nuestros hijos hallen una educación sana y racional; pero las causas económicas de que hablaba más arriba han producido su efecto; es decir, que al cabo de dos años de propaganda teníamos en caja 800 pesetas, cuando lo que necesitábamos eran 30.000 como minimum.

Al principio no nos habíamos parado á pensar cuán grandes eran las dificultades que teníamos que vencer, porque sabíamos que nuestra obra era de las que exigen tenacidad y perseverancia.

Para interesar á los indiferentes nos era preciso poner algo en planta que indicara un principio práctico de realización. Empezamos por las clases nocturnas, que cuestan más baratas que las diurnas; ya que no podíamos hablar á los niños, nos dirigíamos á los hombres. Si como principio llegábamos á realizar nuestros propósitos, creíamos obtener el concurso necesario para realizar la idea en toda su magnitud; y esto nos indujo á establecer clases nocturnas, que continúan siendo modestas, pues hasta ahora nuestro programa no ha podido alcanzar más que á la apertura de seis cursos. El éxito alcanzado es bien poco, porque al lado de los infinitos conocimientos de la ciencia, seis pobres cursos no son gran cosa. Mas como la cuestión es empezar y ponerse en marcha, no desmayamos ni nos detenemos por el escaso adelanto obtenido. El ejemplo está dado; luego vendrán tal vez las adhesiones. Por lo pronto contamos ya con algunas promesas, y cada año podremos seguramente añadir algo nuevo á lo que ahora poseemos.

* *

Hombres capaces de comprender nuestras ideas en toda su magnitud los hay en cualquier parte del mundo, aunque escasos en número; pero las condiciones económicas, como hemos dicho y repetimos, son tales que la mayor parte no pueden pensar como fuera su deseo, porque el simple hecho de manifestarse partidarios de nuestras teorías les colocaría en la imposibilidad de ganarse la vida.

Un hombre solo puede, hasta cierto punto, pagarse el lujo de ser independiente; pero si otros seres necesitan nuestro amparo y nuestro trabajo para vivir, queda reducido á un círculo pequeño. Hay, sin embargo, quien no puede poner estas excusas. En la ciencia, en las artes, en la literatura, son muchos los que se dejan arrastrar por las corrientes de justicia y combaten lo existente, formulan nuestras conclusiones, exprimen nuestras aspiraciones y su crítica es más acerba que la nuestra contra la sociedad que nos aniquila; pero cuando se les dice que deben unirse con los que anhelan realizar sus aspiraciones y combaten las causas tan bien descritas por ellos, para aplicar al régimen económico las verdades científicas contenidas en sus obras, la mayor parte se niegan asustados. Quieren, sí, formular verdades; pero con la condición de que nadie intente convertirlas en realidades prácticas. Justicia, progreso, solidaridad, libre iniciativa, son sólo grandes palabras con las que llaman la atención de su ñoña genialidad, y si la cosa se presta aumentan su capital, no dejándolas otro valor que el que tienen como materia de discurso. Estos seres no pertenecen á aquella pléyade de individuos que trabajaban para convertir en realidad las verdades sociales, igual en el orden político que en el económico.

* *

Durante mucho tiempo, y aún hoy, se ha estado en la creencia de que el hombre era un animal fantástico, caprichoso y holgazán, incapaz de realizar nada racional ni espontáneo si no es empujado por el castigo ó halagado por la recompensa y que, por lo tanto, desde la infancia era preciso someterlo á una disciplina, acostumbrarlo á un régimen coercitivo.

Los economistas, sapientísimos todos, han hecho un aforismo para justificar el estado social presente: «El hombre, dicen, busca siempre el placer y huye del dolor.» El famoso La Paline no hubiera dicho mayor vulgaridad. «Y como consumir, añaden, es un goce y producir una pena, el individuo abandonado á sí mismo querría consumir siempre sin producir nunca.» Es preciso, pues, darlo todo á unos y no dejar

nada para los otros; de este modo habrá siempre un cierto número de desgraciados que no tendrán otro remedio que trabajar como bestias.

El axioma economista es cierto á medias solamente.

Que el individuo se incline al esfuerzo menor es cosa natural. Obligar á los otros á trabajar en provecho propio, cuando todas sus facultades se inclinan á la conquista de su propia existencia, puede parecer al bruto ignorante una solución apetecible y su deseo es que continúe practicándose: tan excelente orden puede mantenerse sin esfuerzo mientras haya bastantes bestias que se sometan sin protesta.

Pero todas las cosas tienen sus inconvenientes, como cada acción lleva en sí su reacción. El trabajo, que debiera ser un placer, una gimnasia para los músculos, un alimento para la actividad, por el hecho de que unos pocos están obligados á trabajar para todos, se ha convertido en una verdadera pena, un sufrimiento tanto mayor cuanto más cruel y dura es la imposición.

*
* *

Hemos entrado en la fase en que la ley del menor esfuerzo obligará á nuestros directores á trabajar para atender á sus propias necesidades personales.

En la sociedad todo se encadena. Los que organizaron la enseñanza partieron del mismo principio que los que ayudaron á la evolución económica y fueron igualmente inteligentes.

El estudio, que hubiese sido una satisfacción por la necesidad de aprender que ante todo individuo con sanas facultades, se ha hecho tan árido y enrevesado, que es para nuestro cerebro una pena tan dura como la de producir trabajando con nuestros músculos. No se ha hecho nada para que los inteligentes aprendan aquello á que más predisposición demostraban, lo que era más susceptible de asimilar. De entre lo más conocido se elige lo que más directamente satisface la necesidad de los educadores, se hace una especie de olla podrida, se ingenian para hacerlo de entrar de grado ó por fuerza en los cerebros más rebeldes, sin preocuparles un comino si revientan.

Y como los hombres se han resistido siempre á asimilar educación tan indigesta, no queriendo admitir el método de ingurgitación, se ha deducido de aquí doctoralmente, que el ser humano no es un ser ignorante que no aprende más que por la imposición ó el temor á la férula, cosa esta última que ha sido considerada en todo tiempo como razón suprema.

Desde hace miles de años que la educación viene siendo así: no debemos extrañarnos de que el hombre sea vanidoso y necio. Lo que debiera llamarnos mucho la atención es el que no esté completamente pervertido.

Es mucho más fácil establecer un programa y decretar que todo el mundo debe conformarse con él, que no estudiar las aspiraciones de cada hombre para hallar un método adecuado á todas las aptitudes...

Siempre habrá espíritus débiles que se conformarán con las órdenes recibidas. Si la imposición de los malos métodos subyuga los temperamentos independientes, tanto mejor para el orden actual, que no tolera que se le discuta.

Lo que haya de bueno en los resultados obtenidos será atribuido al modo de proceder, puesto que los malos resultados sólo son atribuibles al carácter vicioso de la bestia humana.

Así se establecen las opiniones.

*
* *

Una enseñanza verdaderamente racional, capaz de desarrollar las inteligencias, y, lo que es más difícil todavía, capaz de transformar los caracteres, debe carecer de recompensas y castigos. Cuando la edad del que aprende no le permite comprender más que la necesidad de adquirir ciertos conocimientos sobre el desarrollo de su propio ser, los atractivos del trabajo perseguido deben ser el único móvil.

La enseñanza racional ha de tener en cuenta las preferencias y repugnancias del individuo. Su finalidad no debe ser crear aptitudes, sino procurar ayudar su desenvolvimiento, y lo que el individuo debe perseguir es no atiborrar su cerebro con una ciencia fabricada de antemano, indigesta é inasimilable por consecuencia.

Fuera de las fórmulas invariables, la exposición del que enseña debe tender á excitar la reflexión del que escucha.

Ensanchar el cerebro respetando la individualidad del educando; despertar su actividad é iniciativa; ponerle en presencia de opiniones contradictorias para que nazca el espíritu de análisis y deducción; llevarle inteligentemente á no admitir las explicaciones que se le hayan dado, sin que antes las haya reputado verdaderas su propio criterio, es lo que debe hacer la educación que deseamos implantar. Si se consigue hacer la enseñanza atractiva sobran castigos y recompensas, procedimientos anticuados, necesarios solamente para convertir los hombres en brutos. Para despertar la actividad del niño, el placer que hallará en lo que aprenda será suficiente. Tolstói, en su escuela *Iasnaia Poliana*, nos lo demuestra palpablemente: las lecciones parecerán siempre cortas.

Con el trabajo de los adultos sucederá lo mismo. Tan duros y largos son los minutos que empleamos en un trabajo que nos sea impuesto, como son cortos y agradables los que estamos ocupados en un trabajo elegido por nosotros con entera libertad.

Enseñar al individuo á que todas sus virtudes se desarrollen, á obrar según su naturaleza, sus tendencias, sus afinidades, sus concepciones; convencerle de que nada debe esperar fuera de su propia iniciativa, que no debe tolerar otras trabas que las impuestas por las circunstancias y respetar las iniciativas de los demás para poder reclamar el respeto á los suyos, es el primer trabajo de educación y del que más urgente necesidad tenemos.

*
* *

Otro punto de la enseñanza racional es el de la unión de los sexos. Tampoco en este punto somos nosotros los primeros, puesto que el amigo Robín lo ha ensayado con tan excelentes resultados que, á pesar de haber sido combatido, vive hoy con muchísimos prosélitos.

Sobre el particular no tenemos la pretensión de haber descubierto la América. Sabemos que cuanto podamos decir ha sido ya dicho antes que nosotros; recogemos sólo las ideas expuestas y únicamente hacemos deducciones de ellas.

Enseñar á las niñas y niños la costumbre de tratarse como camaradas, hará mucho más por la emancipación de la mujer que todos los trabajos feministas; sobre todo mucho más que los pretendidos derechos de que se quiere hacer gracia á la mujer, que sólo sirven para cazar incautos.

Los hombres que de tal tenemos la pretensión, sabemos bastante lo que esto significa.

Durante la tierna edad, niños y niñas se confunden en el mismo juego; pero cuando empieza á despertar la edad de la razón se les separa para educarlos aparte como si fueran seres cambiados de especie, llamados á hacer vida diferente. Esto no se dice,

pero resulta de las costumbres de la literatura y de las conversaciones: la mujer es un objeto codiciable que el joven tendrá que cazar, operación tanto más meritoria para el hombre, cuantas más piezas haya cazado.

Para la mujer el hombre es un ser brutal, egoísta, que tendrá necesidad de domar, encadenándolo con todas las gracias y la duplicidad que sea capaz.

*
* *

El amor, si juzgáramos por nuestra literatura, sería suficiente para llenar el cuadro de la actividad humana. Todo enseña al niño, al joven, hombre ó mujer, que vivimos para amar; pero teniéndoles alejados á unos de otros, luego de haberles exaltado con las dulzuras del amor, se hace cuanto es posible para que éste sea un misterio; si no se les dice que es cosa repugnante, eso se desprende de la educación que sobre el amor se da.

Los sexos son un misterio el uno para el otro. La imaginación excitada les hace mirarse como cosa temida, pero ardientemente deseada. Todo ser se halla inclinado hacia este desconocido; las facultades se aniquilan ante el deseo.

Cuando llega la hora de la emancipación, es un deseo irresistible lo que se siente y el amor, que debiera ser la unión armónica de dos seres, no es, con frecuencia, más que el encuentro de dos necesidades físicas excitadas, de las cuales nada quedará el día que hayan sido satisfechas.

Puesto que el amor es una función normal, y la mujer y el hombre están llamados á vivir juntos toda la vida, ¿por qué envolver con el manto del misterio una función orgánica, cuando todos los días se efectúa ante nuestros ojos, á pesar de la gaminería de nuestros educadores?

¿Por qué no acostumbrar á los sexos desde la tierna edad á conocerse y quererse, puesto que esto les será indispensable para orientarse luego? ¿No es acaso acostumbrándonos á ver las cosas tal cual son como podemos llegar á una concepción precisa de la existencia y preservarnos así contra los entusiasmos sin reflexión, que acarrearán crueles decepciones?

Aprendamos á hacer respetar nuestra personalidad y á respetar la de todo ser humano; esto sólo es un gran paso hacia nuestra emancipación moral.

*
* *

La burguesía se alaba de haber propalado la instrucción. Es cierto; hoy hay menos gentes que no saben leer que hace cincuenta años. Pero ¿quiere esto decir que seamos más inteligentes? ¡Oh, no, por desgracia! La instrucción que el Estado administra puede atiborrar los cerebros, pero no los ejercita ni desarrolla.

Los padres que tienen medios para educar á sus hijos se envanecen de la educación que les dan, sin notar, naturalmente, el fenómeno que en ellos se produce.

Dan á la Universidad inteligencias despiertas, ardientes, deseosas de ver y aprender, y ésta se encarga de ahogar cuanto de bueno haya en ellas.

La operación es á veces larga, pero el resultado no es por eso menos completo, y, más pronto ó más tarde, se les devolverá al seno de la familia un ser sin virilidad que, por miedo á la lucha, no perseguirá más que un solo objetivo: colocarse en cualquier función pública, donde no tenga necesidad de reflexionar ni preocuparse del mañana.

Las injusticias más irritantes se cometerán ante ellos, sin que ni siquiera se aperciban; los lamentos de las víctimas se elevarán estridentes en sus propios oídos sin que éstos los oigan. La educación universitaria habrá hecho su obra interponiendo

entre el individuo y la realidad el velo de hipocresía y los convencionalismos, obscureciendo para siempre, total ó parcialmente, la luz de la verdad.

Y es que las primeras nociones adquiridas son las que más se graban en el cerebro y las más difíciles de arrancar por consecuencia. Aceptadas sin discusión como verdades adquiridas, continuamos por costumbre profesándolas como tales, y para reconocer la falsedad es preciso que más tarde sostengamos luchas violentas contra nosotros mismos.

* *

¿Quién de nosotros puede afirmar que aprecia las cosas en su exacto valor? Nuestra educación falseada nos impide el verlas tal cual son. La luz, con toda su intensidad, nos molesta; necesitamos anteojos, sombrillas, cortinas y cristales que nos la tamicen y que penetre gradualmente en nuestros cerebros, no acostumbrados á los fulgores del sol del medio día.

¡Cuántas ideas, cuántas concepciones no tenemos en nuestro cerebro, que creemos buenas y que defenderíamos obstinadamente! Pero cuando en contradicción con los hechos las analizamos y las discutimos, notamos inmediatamente que, si las poseemos, ni son nuestras, ni sabemos de dónde nos provienen, ni cómo se han formado en nuestro espíritu!

¡Cuántos seres pasan su existencia examinando religiosamente las ideas así recibidas, sin haber sabido jamás analizarlas!

Por eso el progreso se ha hecho tan lentamente, porque ha tenido que abrirse paso á través de la obscuridad, y por la misma razón, en el siglo del vapor y la electricidad, muchas gentes tienen aún las creencias propias de la Edad Media.

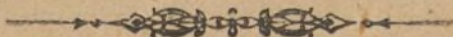
* *



En las escuelas, tal como nosotros las entendemos, no se trata de hacer lo contrario que el Estado, combatir el dogma de la autoridad para instituir el dogma anarquista y continuar así dando las ideas hechas á los niños. Se enseña á ver la vida según ella es; á abrir los ojos sin temor, á mirar las cosas de frente y á los hombres sin reparo. Aprenderán á buscar, examinar, pensar, discutir y analizar y á no aceptar ninguna solución que su razón no les indique como lógica. Actualmente, que se organizan asociaciones para enseñar á los individuos el respeto á las leyes y el desprecio á los encargados de ejecutarlas, y otras para enseñar el desprecio á las leyes y el respeto á quienes las interpretan, creyendo inocentemente que podrán hacer respetar el individuo por las leyes y los que las hacen, nosotros enseñamos el respeto mutuo sin leyes y contra las leyes. Obrando así creemos hacer excelente propaganda revolucionaria.

Cuando el número de seres conscientes de su personalidad se haya multiplicado, las clases directoras y capitalistas tendrán ya poco que hacer en sus peculiares funciones, porque los obreros, no esperando su emancipación de causas que les sean exteriores, piensan vivir según sus concepciones, destruyendo cuanto les pueda ser obstáculo.


JUAN GRAVE.

(Traducción de Antonio López.)





CIENCIA Y ARTE



LA HERENCIA PSICOLÓGICA

(Continuación del primer capítulo.)

Todos saben cómo una teoría esbozada en el siglo último, renovada por Lamarck, modificada por Darwin y Wallace, se ha extendido rápidamente en nuestros días por todos los países civilizados. Admite que las especies son variables y están formadas por la acumulación de pequeñas diferencias que la herencia ha fijado. Los géneros y las especies actualmente existentes, por numerosos que sean, han debido derivarse de tres ó cuatro tipos primitivos, quizá de uno solo. Para esto ha bastado con algunas variaciones espontáneas. Si éstas han sido apropiadas á condiciones nuevas de existencia, si han suministrado al individuo un arma más para la batalla de la vida, si la herencia las ha transmitido, se ha formado una especie que, bajo la acción continua de las mismas causas, se ha alejado más y más del tipo primordial. Las variaciones, la concurrencia vital y la selección, el tiempo, la herencia: tales son los factores con cuya ayuda se explican la evolución de los seres, la formación y la desaparición de las especies.

Esta hipótesis ha arrojado nueva luz sobre los instintos. Siendo en el animal correlativas la constitución física y la constitución mental, si en el origen no han existido más que organismos rudimentarios, no ha debido haber más que instintos muy toscos. Desde luego, el instinto, presentando como el organismo variaciones espontáneas, estando sometido como él á las leyes de la concurrencia vital y de la herencia, se debe deducir que si estas causas explican la formación de las especies, explican también la de los instintos. Si una modificación física que adaptando el animal á un medio nuevo, produce una desviación que puede llegar á ser fija, porque constituye un progreso sobre los estados anteriores, del mismo modo sucederá esto en las modificaciones mentales. Toda variación del instinto que pone al animal en estado de defenderse de nuevos enemigos, de apoderarse de alguna nueva presa, le hace apto para sobrevivir en las condiciones más complicadas.

Desde el momento en que las especies han sido consideradas como fijas, la cuestión del origen de los instintos no podía presentarse de la misma manera. La especie parecía haber sido colocada en el mundo, después de hecho, con sus caracteres físicos y morales. Para la escuela transformista, por el contrario, los instintos actuales son muy complejos, y están formados por la acumulación lenta del tiempo y de la herencia. Se trató de someterlos á un procedimiento minucioso de análisis, de descomponerlos capa por capa, de determinar por la comparación, la inducción y la analogía, los que parecían de formación más reciente, de descender desde aquí, paso á paso, hacia las capas más y más antiguas, y procediendo siempre así, desde lo compuesto á lo simple, llegar á algunas manifestaciones mentales muy humildes, que pudieran considerarse como la fuente de donde todo ha salido.

Así, al principio, un *mínimum* de actividad psíquica, que juega en la vida mental el papel del protoplasma y de la célula en la vida fisiológica; después de acciones y reacciones que, por una repetición constante, se convierten en hábitos, y que son fijados por la herencia; después variaciones, que se cambian también en hábitos, y se fijan igualmente por la herencia; en una palabra, *una suma de hábitos hereditarios*; tal es, según la escuela transformista, la génesis de los instintos.

Darwin ha desarrollado esta tesis con una ciencia y una habilidad consumadas. Se ha consagrado con valentía a los instintos más complicados, más maravillosos, más inexplicables: á los de la hormiga y de la abeja, esforzándose en demostrar cómo estos fenómenos tan singulares han podido originarse por la selección y la herencia de algunos instintos muy sencillos.

Si tomamos la abeja doméstica tal y conforme existe ahora, sin compararla con ningún otro animal; si suponemos que desde su origen ha construido sus celdas como hoy, quedaremos confundidos de asombro y sin explicación posible. Pero si, recurriendo al principio de las transiciones graduales, tratamos de establecer una serie de grados transitorios, «la naturaleza misma nos revelará quizás su método de creación». Comparemos, pues, la abeja, la melipona y el abejorro.

Los abejorros no presentan más que instintos bastante toscos. Ponen su miel en capullos viejos, á los que añade algunas veces cortos tubos de cera. Otros construyen celdas aisladas de una forma globulosa irregular.

Entre las celdas perfectas de la abeja doméstica y la burda sencillez de las celdas del abejorro, se encuentran, como grado intermedio de perfección, las celdas de la melipona doméstica de Méjico. La melipona es á su vez intermediaria, por su estructura, entre la abeja y el abejorro; pero más próxima á éste. Construye un panal casi regular, compuesto de celdas cilíndricas, en las cuales salen del huevo las larvas, y de algunas celdas grandes destinadas á recibir las provisiones de miel. Estas últimas son casi esféricas, y están situadas á una distancia bastante grande unas de otras. Ahora bien, el cálculo muestra que si la melipona construyese sus esferas á distancias iguales, y si las hiciese de igual tamaño, disponiéndolas simétricamente en dos filas, resultaría una estructura tan perfecta como la del panal de la abeja doméstica. «Podemos deducir de aquí con toda seguridad, dice Darwin, que si los instintos actuales de la melipona, que no tienen nada de extraordinario, fuesen susceptibles de algunas ligeras modificaciones, este insecto podría llegar poco á poco á construir celdas de una perfección tan maravillosa como las de nuestra abeja.

Como la selección natural no obra más que acumulando las ligeras variaciones de organización ó de instinto que pueden ser ventajosas para el individuo, podemos preguntarnos: ¿cómo son las variaciones sucesivas y graduales del instinto constructor, más bien que de cualquier otro, las que han formado poco á poco el talento arquitectónico de la abeja doméstica? Darwin responde: «La abeja debe consumir una gran cantidad de miel para segregar una pequeña cantidad de cera; vive de su miel durante el invierno. Todo lo que produzca un ahorro de cera producirá un ahorro de miel, y, por consecuencia, será útil al porvenir de la colmena». Establecido esto, si se supone que algunos moscones invernan, tendrán necesidad de una gran cantidad de miel; por consiguiente, cualquier modificación de instinto que los condujera á construir sus celdas lo bastante próximas unas de otras, para que tuviesen un tabique medianero, les ahorraría un poco de cera y sería, por tanto, ventajosa. Sería, pues, cada vez más conveniente para ellos el construir sus celdas cada vez más regulares y

cada vez más próximas, como las de la melipona. Por la misma razón, sería siempre conveniente para la melipona construir sus celdas todavía más próximas y regulares, que hoy, y aproximarse así, poco á poco, al panal perfecto de la abeja doméstica. «Así se puede explicar el más maravilloso de todos los instintos conocidos, con ayuda de modificaciones sucesivas, innumerables, pero ligeras, de instintos más imperfectos, cuya selección natural hubiese aprovechado (1).»

Darwin ha intentado explicar igualmente los instintos esclavistas de ciertas hormigas. Se sabe, por las observaciones de P. Huber, que las hormigas amazonas roban las larvas de las hormigas negro cenicientas y las convierten en sus esclavas. Incapaces de otro trabajo que la guerra, son alimentadas, llevadas, cuidadas y aun gobernadas por las negro-cenicientas. En Inglaterra, las hormigas sanguíneas tienen también esclavas; las emplean en los trabajos del hormiguero, pero también trabajan ellas. Según Darwin, este instinto se explica así: en su origen, las hormigas habrán robado huevos extranjeros para alimentarse con ellos; algunos habrán germinado, y las hormigas extranjeras habrán prestado servicios en la comunidad como trabajadoras. De aquí el instinto de ir á capturar huevos para tener esclavos. Más tarde, los amos, después de haber dejado á sus esclavos una parte del trabajo, como las hormigas inglesas, han llegado á deshabituarse de él completamente, como las hormigas suizas.

Después de la publicación de la gran obra de Darwin, sus adversarios y sus críticos se han dedicado á recoger con ardor los casos más difíciles. Tales son los instintos de las *odynemas* y de las *cerceris*, avispas solitarias que colocan cerca de su huevo insectos vivos, atacados de parálisis por la inoculación de una gotita de veneno en el ganglio torácico, lo que permite á la larva recién salida del huevo alimentarse con una presa viva. Tales son también los instintos de los xilocopas (2), los de los talégalos, gallináceas australianas que no incuban, sino que varias semanas antes de la

(1) Darwin. *Origine des espèces*, cap. VIII, pár. 8.^o—Según O. Schmidt, Hermann Müller había demostrado «que en los caracteres físicos de las diferentes especies de avispas, abejas rapaces y abejas que existen actualmente, se hallan todos los grados de transición que permiten representarse y reconstruir la evolución de estos seres en el curso de los siglos; que las mismas especies ofrecen en sus hábitos ó instintos la misma transición, según las circunstancias y los órganos, de lo simple á lo compuesto y á lo artificial, y que, aun la más alta complicación de esta maravillosa actividad, debe considerarse como el resultado de una evolución, sin que haya necesidad de hacer intervenir una solución *per saltum*. (*Les sciences naturelles et la philos. de l'Inconscient*, traducción francesa, pág. 47.)

(2) El xilocopa es un abejorro de gran tamaño que, en el momento de la puesta, ataca encarnizadamente un pedazo de madera muerta, y con sus mandíbulas hace en él un agujero que profundiza primero en dirección horizontal, y después, descendiendo oblicuamente, de manera que practique una larga galería cuya extremidad inferior no está separada de la superficie de la madera más que por una delgada capa de tejido leñoso. Una vez terminada esta operación, el xilocopa recorre el campo recogiendo el polen de las flores, que va á depositar en el fondo de su galería para alimentar á la futura larva. Sobre este montón de polen pone un huevo. Después, con ayuda de su saliva y del serrín sacado del agujero, forma una pasta destinada á cerrar completamente la cámara ocupada por el huevo y su almacén de víveres. Hecho esto, nuevo trabajo de aprovisionamiento de polen, postura de un segundo huevo, cierre de esta segunda cámara; lo mismo con un tercer huevo. Después, una vez cerrada la galería, la madre no se ocupa ya de los huevos durante el poco tiempo que le queda de vida, pues muere casi en seguida. Los huevos se abren, las larvas son vermiformes. Cuando han terminado su desarrollo, la mayor, que ocupa el piso inferior, sale de su cámara perforando la corteza, nunca el techo. Sólo entonces el habitante de la celda siguiente perfora su tabique para seguir el camino abierto por su hermano mayor. (Milne Edward, *Leçons sur la physiologie et l'anatomie comparée de l'homme et des animaux*, t. XIII, pág. 467. En esta obra se encontrará un gran número de hechos análogos, págs. 471, 528, 503 y 533.)

postura amontonan metros cúbicos de hierbas secas y restos vegetales y depositan allí sus huevos, que sufren una incubación artificial, gracias al calor desarrollado por la fermentación, instinto que está bien fijo en la raza y que no resulta de imitación, pues han obrado igualmente en la edad adulta individuos criados en París.

Los transformistas, por su parte, han sostenido la lucha en todos los puntos, produciendo hechos, oponiendo argumentos de todas clases, aproximando los instintos complejos á otros más sencillos y más fácilmente explicables. La dificultad del problema disminuiría mucho si se pudiese establecer de una manera completa é incontestable la filiación de las especies animales, su árbol genealógico. Este resultado no se ha conseguido todavía. Aun cuando lo hubiese sido, todavía había lugar á conjeturas en la determinación de los instintos. Sólo se puede dar un bosquejo probable de su evolución. Será siempre imposible explicar los instintos actuales en sus variedades y sus complicaciones infinitas. Los *data* son inaccesibles, y aun suponiendo que se consiguiesen, no se podrían obtener de una manera completa» (1).

¿Qué debemos pensar, pues, en definitiva de esta solución sobre el origen de los instintos? No tenemos que juzgarla aquí; esto caería fuera de nuestra competencia. Tal cuestión está ligada con la del origen de las especies, y la ciencia no la ha decidido todavía. ¿Lo conseguirá? No se puede negar que cada día el transformismo gana terreno. Si algún día se justificase completamente la hipótesis de Darwin, será preciso admitir entonces que todos los instintos son adquiridos, que lo que es estable actualmente fué variable en su origen, que toda estabilidad proviene de la herencia que conserva y acumula, y que, en la formación de los instintos, su papel es soberano.

En resumen, en la hipótesis que considera á los instintos como fijos, ó como si no variasen más que dentro de estrechos límites, la herencia es simplemente *conservadora*.

En la hipótesis transformista, la herencia es realmente *creadora*, pues sin ella sería imposible la formación de los instintos propiamente dichos, aún poco complicados, por no poderse transmitir ninguna modificación adquirida.

CH. RIBOT.

CRÓNICA CIENTÍFICA

Los grandes proyectos.—El mar interior africano.—El canal costero alemán.—El túnel bajo el canal de la Mancha.—El túnel bajo el estrecho de Gibraltar.

Desde el desastre del Panamá—cuya responsabilidad pesa menos sobre los hombres de ciencia que dirigían el proyecto que sobre los políticos que explotaron el negocio—habían caído casi en el olvido aquellos gigantescos proyectos con que se nos entretenía en los años que sucedieron al éxito brillante del canal de Suez.

Los acontecimientos de estos últimos tiempos han renovado la actualidad de algunos de estos proyectos.

Presentaré en primer término el proyecto de mar interior africano, que se propone inundar las extensas depresiones existentes al Sur de la Argelia y de Túnez, á la línea del golfo de Gabes. Estas depresiones son más bajas que el nivel del Mediterráneo, de modo que con un canal de comunicación que las uniese con el mar, se obtendría la

(1) Herbert Spencer, *Principes de psychologie*, t. I, pár. 194-198.

inundación de la comarca y se realizaría el proyecto de mar interior ideado por el coronel Roudaire.

El nuevo imperio africano adquirido por Francia en virtud del convenio anglo-francés que siguió al asunto de Fashoda, quedaría favorecido con la realización de este proyecto.

En los desiertos inmensos que constituyen el lote de Francia en esa reciente distribución, cuyas partes, no absolutamente desiertas, se resienten de la carencia casi completa de comunicaciones, el nuevo mar podría suplir fácilmente esa falta, gracias á las condiciones especiales de dichas depresiones, las cuales favorecerían particularmente la navegación por su uniforme llanura, que ofrece un fondo casi constante de 24 metros, cuyos bordes tienen una elevación rápida.

Por otra parte, el mar interior sanearía aquellas regiones, inundando los pantanos infectos y arrastrando, después de disuelta, la espesa capa de sal que cubre las grandes extensiones de terrenos próximos, actualmente impropios para el cultivo. De esta suerte se ganarían para la agricultura un número inmenso de hectáreas.

Este proyecto ha encontrado no pocos adversarios: unos suponen que la evaporación elevaría las aguas á medida que llegasen á las depresiones; mas este inconveniente se evita dando al canal de introducción las dimensiones necesarias. El espesor de agua evaporada es de unos tres milímetros, pues conocido este dato, no hay por qué temer la evaporación, dada la cantidad de agua que pudiera llegar incesantemente por el canal.

Otros han negado la eficacia del impulso para producir el levantamiento de tierra en las orillas; pero este asunto, á juicio de M. Augusto Moreau, no ofrece ya duda para las personas competentes.

Queda, por último, la cuestión de dinero; pero hay que contar también con los beneficios de la empresa. Sobre este punto divídense las opiniones: mientras los adversarios del proyecto consideran que los gastos de la creación del mar interior no estarían en proporción con los beneficios que pueden esperarse, otros afirman lo contrario.

He aquí, según M. Moreau, el origen de los beneficios que podría obtener una Compañía concesionaria:

1.º La cesión gratuita por el Estado de terrenos incultos y estériles, convertidos en fértiles, reportando un minimum de beneficio anual de 1.000 francos por hectárea, que es el tipo obtenido en Argelia en donde quiera que no falta agua.

2.º Los derechos de tonelaje.

3.º Las pesquerías, que dan excelentes resultados en los lagos amargos del canal de Suez.

4.º La explotación de las salinas.

Por lo demás, siendo el proyecto de gran utilidad, considerado desde otros puntos de vista, no hay razón para desecharle por el temor de no obtener beneficios suficientes. ¿Hasta cuándo ha de ser el dinero el árbitro supremo y exclusivo de la sociedad?

*
* *

Otro gran proyecto, cuya utilidad ha sido demostrada por los actuales acontecimientos políticos, es la unión del Elba y el Rhin por el llamado canal costero alemán. La importancia de este medio de comunicación salta á la vista, dadas las expediciones lejanas que pronto habrá de organizar Alemania á causa del desarrollo de las empresas coloniales de la cancillería de Berlín.

Considerando los intereses comerciales, este canal no sólo serviría para el fomento

de los intereses particulares, como podría hacerlo un canal interior, sino que facilitaría los cambios entre el Este y el Oeste del imperio germánico, sin afectar lo más mínimo á las numerosas dificultades por las cuales los expertos alemanes desecharon el proyecto de un canal interior.

* *

Del eterno proyecto de un túnel bajo el canal de la Mancha, no se quiere saber nada en Londres desde que la cuestión ha dejado entrever en Inglaterra la posibilidad de una guerra con alguna nación del Continente; pero los extraños argumentos cien veces invocados por los patrioterios ingleses contra esa obra científica internacional, no han logrado desanimar á sus partidarios, que intentan seriamente de dar vida al proyecto Watkin, tan luego como el arreglo de la cuestión china haya restablecido la calma.

El túnel—si al fin llega á ser un hecho— será iluminado, por supuesto, con la electricidad, y provisto de una ventilación perfecta, á semejanza del ferrocarril eléctrico que pasa bajo el Támesis, yendo del Banco de Londres á la estación de London-Bridge.

El túnel de la Mancha aumentaría prodigiosamente el tráfico entre Inglaterra y el Continente, reduciendo al mismo tiempo el coste del transporte. La velocidad de los trenes sería, por término medio, de 85 kilómetros por hora, lo que permitiría atravesar el túnel en menos de media hora, y el número de esos trenes podría llegar hasta 300 diarios, en atención á que sería posible hacer que pasasen más trenes que en cualquiera otra línea férrea.

El túnel se presupuesta en unos mil francos metro, ó sea un total de 80 millones de francos.

Los temores de Inglaterra no tienen justificación alguna, toda vez que la defensa del túnel podría asegurarse por la construcción de obras de defensa, que imposibilitarían una invasión extranjera.

* *

Otra empresa no menos importante y de la que la opinión comienza á preocuparse seriamente, consiste en poner en comunicación España y Marruecos por medio de un túnel con ferrocarril.

El ingeniero francés M. Jean Berlier, autor del proyecto, ha dado á conocer á uno de nuestros colegas las líneas principales del mismo, cuyo resumen es el siguiente:

Trátase de construir un túnel entre el pequeño golfo de Vaqueros, en España, y la ciudad de Tánger, á profundidades menores de 400 metros; la parte submarina será de 32 kilómetros, establecida en una roca muy compacta y de una impermeabilidad absoluta.

«La construcción de un túnel submarino—dice el ingeniero citado—no ofrece dificultades más excepcionales que las de los grandes subterráneos ejecutados en el Mont Cenis, el San Gotardo ó el Simplón. Con los instrumentos modernos y la experiencia adquirida en esas grandes obras, y á condición de mantenerse siempre á una profundidad suficiente, se puede tener la seguridad de llegar á buen término la ejecución del túnel intercontinental, en condiciones de tiempo y de coste regulares.»

El coste no sería, en manera alguna, comparable á los resultados inmensos de esa operación gigantesca. Según los cálculos del ingeniero, no excedería el metro de 3.000 francos, y podría avanzarse dos kilómetros al año, costando en conjunto siete años y 130 millones.

Francia, cuyos intereses en las regiones africanas son cada día más importantes, no se desinteresaría de esta empresa. El gobierno de Marruecos, con el cual se han iniciado ya las negociaciones, no se opondrá probablemente á la realización de un proyecto que será para el país un origen de prosperidad. En cuanto á España, ha aceptado ya el proyecto del túnel submarino.

TARRIDA DEL MÁRMOL.

PARIS

(Continuación.)

El abate trataba de ser lo más discreto posible, espantado de las palabras que decía, de las cosas que contaba en aquel centro de gran lujo y de goces, ante aquellas personas felices, colmadas de las alegrías de este mundo, pues comprendía que estaba procediendo de una manera descortés. ¡Qué extraña idea la de haberse presentado en la hora en que se acaba de almorzar, cuando el aroma del café caliente ayuda las digestiones! Y, sin embargo, proseguía y acababa de levantar la voz, cediendo al impulso que le sublevaba poco á poco; de modo que llegó al fin de su relato terrible, nombrando á Laveuve, refiriéndose al injusto abandono, y pidiendo en nombre de la piedad humana auxilio y socorro. Y todos los convidados se habían acercado para escuchar; y el abate veía ante sí al barón, al general, á Duthil y á Amadiou, que bebían á sorbitos su café, silenciosos, sin hacer ningún ademán.

—En fin, señora—concluyó el abate—, he pensado que no se podía dejar una hora más á ese anciano en tan espantosa situación y que, desde esta noche tendría usted la gran bondad de intervenir para que le admitan en el Asilo de los inválidos del trabajo, donde me parece que su lugar está señalado naturalmente.

Algunas lágrimas habían humedecido los hermosos ojos de Eva, consternada por tan triste historia, que venía á turbar la alegría que esperaba aquella misma tarde. Muy lánguida, sin iniciativa, y demasiado ocupada de su persona, no había aceptado la presidencia de la Junta de damas, sino con la condición de relegar en Fonseca todos los cuidados administrativos.

—¡Ah! señor abate—murmuró—, me parte usted el corazón; pero no puedo hacer nada, absolutamente nada, se lo aseguro... además, creo que ya hemos examinado el asunto de ese Laveuve. Ya sabe usted que entre nosotros las admisiones van acompañadas de las más formales garantías, y que se nombra un agente para que nos informe... ¿No es usted, señor Duthil, quien se encargó de ese Laveuve?

El diputado acababa de apurar una copita de Chartreuse.

—Sí, yo soy... señor abate, ese tunante le ha representado una comedia; no está nada enfermo, y si le hubiera usted dado dinero, hubiera bajado á bebérselo á sus espaldas. Siempre está borracho, y tiene el genio más detestable que se puede imaginar; desde la mañana hasta la noche reniega de los burgueses, y dice que si aún tuviera brazos, haría saltar las tiendas... Por otra parte, no quiere entrar en el asilo, verdadera prisión, según él, donde se está custodiado por beatas que obligan á oír misa, sucio convento, cuyas puertas se cierran á las nueve de la noche. ¡Tantos hay como ese, que prefieren su libertad, con el frío, el hambre y la muerte!... ¡Que perezcan, pues, los Laveuve en la calle, puesto que rehusan estar con nosotros, tener calor y comer en nuestros asilos!

El general y Amadiou aprobaron con un movimiento de cabeza; pero Duvillard se mostró más generoso.

—No, no; un hombre es un hombre y es necesario socorrerle á pesar suyo.

Eva, desesperada ante la idea de que la ocupasen aquella tarde, se defendió hallando razones.

—Aseguro á usted—dijo—que tengo las manos de todo punto atadas. El señor abate no duda de mi buen corazón ni de mi celo; pero ¿cómo se quiere que reuna antes de pasar algunos días la Junta de damas, sin lo cual no me atrevería á tomar ninguna resolución, sobre todo en un asunto ya examinado y juzgado?

Y bruscamente, encontró una solución.

—Lo que yo aconsejo á usted, señor abate, es que vaya á ver ahora mismo al señor Fongue, nuestro administrador. En caso urgente tan sólo él puede obrar, pues sabe que esas señoras han depositado en él una confianza sin límites, y que aprueban cuanto él hace.

—Encontrará usted á Fongue en la Cámara—añadió Duthil sonriendo—; pero la sesión será borrascosa, y dudo que pueda hablarle con desahogo.

Pedro, cuyo corazón se oprimía cada vez más no insistió, resuelto desde luego á ver á Fongue, para obtener antes de la noche la admisión del miserable, cuya imagen atroz le acosaba. Y permaneció allí algunos minutos más, detenido por Gerardo, que obsequiosamente le indicaba el medio de convencer al diputado, alegando el mal efecto que semejante historia produciría si la propalaban los periódicos revolucionarios. Por otra parte, los convidados comenzaban á marcharse: y cuando el general se retiraba, fué á preguntar á su sobrino si le vería por la tarde en casa de su madre, la señora de Quinsac, puesto que era su día de recepción. El joven se limitó á contestar con un ademán evasivo cuando notó que Eva y Camila le miraban. Después tocó el turno á Amadiou, el cual se esquivó, diciendo que un asunto grave reclamaba su presencia en el palacio, y muy pronto siguióle Duthil para ir á la Cámara.

—De cuatro á cinco en casa de Silviana, ¿no es verdad?—le preguntó el barón mientras que le acompañaba—. Venga usted á contarme lo que haya pasado en la Cámara á consecuencia de ese odioso artículo de Sagnier. Es preciso que yo sepa... Yo iré al palacio de Bellas Artes para arreglar el asunto de la Comedia, y después debo evacuar algunas diligencias, ver á varios contratistas, y arreglar un importante asunto de publicidad.

—Entendido; de cuatro á cinco en casa de Silviana, según costumbre—dijo el diputado.

Y se marchó poseído de un vago malestar, inquieto por el giro que tomaría aquella fea historia de los Caminos de hierro africanos.

Y todos habían olvidado ya á Laveuve, al pobre que agonizaba, y todos corrían para atender á los asuntos que les preocupaba, para satisfacer sus pasiones, cogidos por el engranaje de esa inmensa rueda de París, é impulsados por la fiebre que le arrastraba, y chocando unos con otros en desordenado tumulto, para ver quién pasaría sobre los cuerpos de los otros aplastándolos.

—¿Conque mamá—preguntó Camila, que seguía mirando á su madre y á Gerardo—, va usted á llevarnos á la reunión de la princesa?

—Sí; ahora mismo... pero yo no podré quedarme con vosotros, porque he recibido esta mañana aviso de Sabina sobre mi corsé, y es absolutamente preciso que vaya á probármelo á las cuatro.

La joven se convenció de la mentira por el ligero temblor de la voz.

—¡Tomal—exclamó—yo creí que la prueba sería para mañana... Entonces iremos á buscar á usted á casa de Sabina con el coche al salir de la reunión.

—¡Ah! en cuanto á eso, no, hija mía.

No se sabe nunca cuándo se estará libre, y por otra parte, si me queda un momento, iré á casa de la modista.

Una sorda cólera hizo brillar con mortífera llama los negros ojos de Camila. La cita era evidente, pero ella no podía, ni osaba tampoco llevar las cosas más lejos en su apasionada necesidad de inventar un obstáculo. Inútilmente había tratado de implorar á Gerardo, que volvía la cabeza y estaba de pie para salir; y Pedro, al corriente de muchas cosas desde que frecuentaba la casa, comprendió, al verlos tan agitados, el drama silencioso que no se podía confesar.

Recostado en una butaca, acabando de partir una perla de éter, único licor que se permitía, Jacinto levantó la voz.

—En cuanto á mí—dijo—ya sabéis que voy á la Exposición del Lirio. Todo París se agolpa allí, porque hay un cuadro que representa la violación de un alma, y que es absolutamente preciso ver.

—Pues bien, yo no rehusó acompañaros—replicó Eva—; antes de ir á casa de la princesa podemos pasar por esa Exposición.

—¡Eso es, eso es!—dijo vivamente Camila, que se burlaba de ordinario con dureza de los pintores simbolistas, pero que sin duda proyectaba entretener á su madre con la esperanza de que faltase á la cita.

Y esforzándose por sonreír, añadió:

—¿No se atreve usted á venir con nosotros á la Exposición, señor Gerardo?

—A fe mía que no—contestó el conde—; necesito andar, y acompañaré al señor abate Froment hasta la Cámara.

Y se despidió de la madre y de la hija, besando la mano á las dos. Para esperar las cuatro, acababa de pensar que subiría un momento á la casa de Silviana, donde le era permitido también entrar, sobre todo desde que se quedó allí una noche en aquel patio desierto y solemne; después dijo el sacerdote:

—¡Ah! alivia mucho respirar un poco el aire frío; caldea demasiado la casa, y el perfume de todas esas flores ataca la cabeza.

Pedro estaba aturdido, con las manos calenturientas y los sentidos embotados por todo aquel lujo, que dejaba allí como el sueño de un ardiente paraíso embalsamado, donde solamente vivían los elegidos. Su nuevo sentimiento de caridad, por otra parte se había exasperado, y no pensaba más que el medio de obtener de Fonseca la admisión de Laveuve, sin escuchar al conde, que le hablaba con mucha ternura de su madre. La puerta del palacio acababa de cerrarse, y habían dado algunos pasos por la calle, cuando evocó de pronto un recuerdo. ¿No había visto en el borde de la acera de enfrente, mirando aquella puerta monumental, guardiana segura de tan fabulosas riquezas, un obrero parado, como si esperase buscando con los ojos, en lo cual había creído reconocer á Salvat con su saco de útiles, Salvat, aquel hambriento que salió por la mañana en busca de trabajo? El abate se volvió vivamente, inquieto por tal miseria delante de tantas riquezas, de tantos goces; mas el obrero, perturbado en su contemplación, y temeroso acaso también de que le hubieran reconocido, alejándose con paso tardo. Al no verle ya más que de espaldas Pedro vaciló, acabando por decirse que se habría engañado.

III

Cuando el abate Froment quiso entrar en el Palacio de Borbón, recordó que no tenía tarjeta, y ya se decidía á preguntar simplemente por Fongegue aunque no fuese conocido de él, cuando en el vestíbulo vió á Mege, el diputado colectivista, con el que había tratado en otro tiempo durante sus días de caridad militante á través de la miseria del barrio de Charoune.

—¡Tomal ¿Usted por aquí? ¿Viene usted á evangelizarnos?

—No, vengo á ver al señor Fongegue sobre un asunto urgente, un infeliz que no puede esperar.

—¿Fongegue? No sé si habrá llegado ya... Espere usted.

Y deteniendo á un joven que pasaba, pequeño y moreno, vivaz como un ratón que busca, le dijo:

—Oiga usted, Massot, he aquí al señor abate Froment, que desea hablar ahora mismo con el jefe de usted.

—No está aquí, le he dejado ahora en la redacción del diario, donde tiene ocupación para un cuarto de hora largo. Si el señor abate tiene á bien esperarle, seguramente le verá aquí.

Y Mege invitó á Pedro á entrar en la sala de los Pasos Perdidos, vasta y fría, con su Laconte y su Minerva de bronce, sus paredes desnudas, y sus altas puertas ventanas, con vista al jardín, por donde penetraba la luz pálida y triste de aquel día de invierno. Pero en aquel momento estaba llena de gente y como caldeada por toda una agitación febril de los numerosos grupos que se hallaban allí, por las idas y venidas continuas de personas que se apresuraban, lanzándose á través de la multitud. Había allí principalmente diputados, periodistas y simples curiosos; el tumulto crecía, y oíanse sordos y violentos debates, exclamaciones y carcajadas, en medio de una viva gesticulación.

La vuelta de Mege, en medio de aquel tumulto, pareció redoblar el ruido. Era alto, flaco como un apóstol, con su traje bastante descuidado, y envejecido por sus cuarenta y cinco años, con ojos de ardiente juventud, que brillaban detrás de los lentes, los cuales no separaba nunca de su delgada nariz de pico de ave. Siempre tosía; su voz era seca y vibrante, no vivía más que por la enérgica voluntad de vivir, y de realizar el sueño de la sociedad futura, que le acosaba sin cesar. Hijo de un médico pobre de una ciudad del Norte, había pisado muy joven el suelo de París, y vivió bajo el imperio del periodismo inferior, de los trabajos ignorados, alcanzando su primera reputación de orador en las reuniones públicas. Después de la guerra, erigiéndose en jefe del partido colectivista, por su fe ardiente y por la extraordinaria actividad de su temperamento de luchador, había conseguido al fin entrar en la Cámara; y muy instruido, defendía sus ideas con una voluntad y una obstinación indecibles, como doctrinario que había dispuesto del mundo según su fe, regulando de antemano pieza por pieza el dogma del colectivismo. Desde que funcionaba como diputado, los socialistas de fuera no veían ya en él más que un retórico, dictador en el fondo, que no se esforzaba en refundir los hombres sino para someterlos á su creencia y gobernarlos.

—¿Sabe usted lo que ocurre?—preguntó á Pedro.—¡Otra aventura!... ¿Qué quiere usted? Estamos en el cieno hasta las orejas.

Mege había sentido en otro tiempo verdadera simpatía por aquel sacerdote, de carácter tan dulce para los que sufrían, y tan deseoso de una regeneración social. Y el mismo Pedro llegó á interesarse al fin por aquel senador autoritario, resuelto á labrar

la felicidad de los hombres á pesar suyo. Sabía que era pobre y que ocultaba su vida viviendo con una mujer y cuatro hijos que adoraba.

—Ya comprenderá usted—dijo—que yo no estoy con Sagnier; pero en fin, puesto que ha querido hablar esta mañana, amenazando publicar la lista de los nombres de todos aquellos que han tocado dinero, no podemos aparentar que somos cómplices. Hace ya largo tiempo que se sospechan los sucios manejos á que ha dado lugar ese asunto de los caminos de hierro africanos; y lo peor es que dos individuos del gabinete actual se hallan ahora en evidencia, porque hace tres años, cuando las Cámaras se ocuparon de la emisión Duvillard, Barroux estaba en el Interior y Monferrand en Obras públicas. Ahora que han vuelto, este último al Interior, y el otro al Ministerio de Hacienda, con la presidencia del Consejo, ¿es posible no obligarles á que nos informen sobre asuntos de otro tiempo, en su mismo interés?... ¡No, no, no pueden callarse ya, y he anunciado que los interpelaría hoy mismo!

El anuncio de esta interpelación de Mege era lo que trastornaba así á la gente de los pasillos, después de conocerse el terrible artículo de *La Voz del Pueblo*; y Pedro estaba un poco aturdido de toda aquella historia, y caía de nuevo en su preocupación única de salvar á un miserable del hambre y de la muerte. Por eso escuchaba sin comprender bien las explicaciones apasionadas del diputado socialista; mientras que el rumor crecía y se oían risas que indicaban el asombro que producía ver á Mege en conversación con un sacerdote.

—¡Serán estúpidos!—murmuró con el mayor desdén.—¿Acaso creen que me como una sotana todos los días para almorzar?... Dispense usted, apreciable señor Froment—añadió—; siéntese en esta banqueta para esperar á Fonseca.

Y se lanzó en medio de la multitud, mientras que Pedro tomaba asiento tranquilamente, pensando que era lo mejor que podía hacer. Aquel sitio le interesaba, y hasta olvidó á Laveuve, dejándose dominar por el interés de la crisis parlamentaria, en medio de la cual le habían lanzado. Apenas se acababa de salir de la espantosa aventura del Panamá, cuyo drama había seguido el abate con la angustia de un hombre que espera cada noche oír la campanada que ha de señalar la última hora de la antigua sociedad agonizante, y hete aquí que se producía un pequeño Panamá, nuevo crujido en el edificio gastado. Esto es frecuente en los Parlamentos de todas las épocas, tratándose de las grandes cuestiones de dinero; pero en las circunstancias sociales en que ahora se producía, revelaba una gravedad mortal. Aquella historia de los Caminos de hierro africanos, aquel rincón de cieno removido que exhalaba alarmantes emanaciones, había excitado bruscamente en la Cámara esa emoción, esos temores y esas cóleras, que no eran en suma sino una oportunidad para la batalla política, un terreno donde iban á exasperarse los apetitos voraces de los diversos grupos. Y en el fondo no se quería más que derribar un ministerio para substituirle con otro; pero detrás de esto, ¡cuántas ambiciones se agitaban! ¡Y todo el pueblo seguía siendo presa de la miseria y del sufrimiento!

Pedro echó de ver que Massot, el pequeño Massot, como le llamaban, se había sentado en la banqueta junto á él. Con ojo avizor, atento el oído, escuchando y registrándolo todo, deslizándose por todas partes con aire afanoso, no estaba allí como cronista parlamentario; pero habiendo olfateado una gran sesión, venía para ver si encontraba asunto con que confeccionar algún artículo. Sin duda le interesaba aquel sacerdote perdido en medio de semejante multitud.

—Tenga usted un poco de paciencia, señor abate—le dijo con la alegre amabilidad

de un caballero joven que se burla de todo.— El amo no puede tardar en venir, pues sabe que el horno se calentará aquí... ¿No será usted uno de sus electores de la Corréze?

—No, no, yo soy de París; yo vengo por causa de un pobre hombre á quien quisiera hacer entrar cuanto antes en el Asilo de los inválidos del trabajo.

—¡Ah!, muy bien. Yo también soy hijo de París.

Y Massot se reía. Era, en efecto, de París, hijo de un farmacéutico del barrio de San Dionisio, antiguo lázaro del Liceo Carlo-Magno, que ni siquiera concluyó sus estudios. Después de perderlo todo, se había lanzado en la prensa á los diez y ocho años, apenas con la ortografía suficiente, y hacía ya doce, como él decía, que rodaba á través de los mundos, confesando á unos y adivinando á otros. Lo había visto todo, estaba disgustado, no creyendo ya en los grandes hombres; aseguraba que no había nada verdadero, y vivía en paz con la mala fe y la necedad universales. No tenía, naturalmente, ninguna ambición literaria, y hasta afectaba profesar un desdén razonado á la literatura. En resumen, no era tonto; escribía cualquiera cosa en cualquier diario, sin convicción ni creencia alguna, alegando tranquilo el derecho que tenía para decirlo todo al público, á condición de divertirlo ó apasionarle.

—¿Conque usted conoce á Mege, señor abate?—preguntó.— ¡Qué buen tipo! ¡He ahí un muchacho de provecho, un soñador quimérico en la piel del más terrible sectario! ¡Oh! yo le he estudiado mucho, y le conozco á fondo. Ya sabrá usted que vive en la perpetua certidumbre de que antes de seis meses pondrá la mano sobre el poder, y organizará de la noche á la mañana su famosa sociedad colectiva, que debe suceder á la sociedad capitalista como el día sucede á la noche... ¡Y mire usted, con su interpe-lación de hoy, hétele aquí convencido de que derribará al gabinete Barroux para apresurar su vuelta! Su sistema es valerse de sus adversarios. ¡Cuántas veces le oí echar su cálculo, valerse de éste ó de aquél, ó de otro, para reinar al fin! Y siempre dentro de seis meses, á lo más tardar... La desgracia es que continuamente estorba á los otros, y que su turno, según se ve, no llega nunca.

El pequeño Massot se explayaba libremente; después, bajando un poco la voz, añadió:

—¿Y Sagnier, le conoce usted? No... ¿Ve usted aquel hombre de cabello rojo y cuello de toro, que tiene trazas de carnicero?... Allá abajo, aquel que habla en un reducido grupo de levitas raidas.

Pedro le divisó al fin: tenía grandes orejas muy separadas, boca de labios abultados, nariz gruesa, y ojos grises sin brillo.

—Puedo decir que también á ese le conozco á fondo. Estuve con él en *La Voz del Pueblo* antes de escribir en *El Globo*, con Fonsegue... Lo que nadie sabe á punto fijo es de dónde procede. Durante largo tiempo anduvo por las regiones inferiores de la prensa, como periodista sin brillo, poseído de ambición y hambriento; y tal vez recuerde usted su primer bombo, aquel negocio bastante necio de un nuevo Luis XVII, que trató de lanzar, y que le convirtió en el extraordinario realista que hoy es. Más tarde, ocurrióle adoptar la causa del pueblo, proclamando un socialismo católico vengador, instruyendo el proceso del librepensamiento y de la república, y denunciando las abominaciones de la época en nombre de la justicia y de la moral para remediarlas.

EMILIO ZOLA.

(Continuará.)

(Es propiedad de la casa editorial Maucci, de Barcelona)

REFORMAS PARA AÑO NUEVO

Desde el próximo número y como reformas para el año nuevo, publicaremos un estudio mensual del movimiento que en el mundo se verifique en sociología, filosofía y criminalología, cuyo estudio correrá á cargo de un ilustrado catedrático, y una síntesis crítica de las principales producciones literarias que se presenten en el extranjero, de cuya misión se encargará un notable escritor español de los que siguen con interés el movimiento artístico de otros países. Creemos que las anunciadas reformas serán del agrado de nuestros lectores, pues ellas les pondrán al corriente de lo que en sociología y en arte se publica en Europa.

Para dar cabida en LA REVISTA BLANCA á estas nuevas producciones, de la «Sección libre» y de la «Tribuna del obrero», haremos una «Sección general» en donde se publicará lo que nos envíen los obreros manuales ó intelectuales, cualquiera que sea la tendencia de sus escritos.

SECCIÓN LIBRE

LA HISTORIA

La historia de la humanidad es la extravagante crónica de sus sufrimientos y miserias, de su ignorancia y de su fanatismo.

Dividido el inmenso cronicón del mundo en infinitas partes y clasificaciones, cada una de ellas muéstranos por separado la ruindad de espíritu que movió en todo tiempo y ocasión las aspiraciones particularistas de los pueblos y de los hombres.

La historia de la Religión, con sus intransigencias y con sus fanatismos, hácenos ver la mentira y parcialidad en que descansan los fundamentos sociales, pues que siendo la Religión la base sobre que se asientan los cimientos de todas las sociedades no existe en el mundo otra unidad religiosa que la que se basa exclusivamente en la explotación sacrilega de las exterioridades y efectismos pagánicos del culto, explotación blasfema ejercida con rara unanimidad por los reverenciados sacerdotes de todas las religiones del mundo.

La religión atribúyese sobre la tierra la *misión sacratísima de moralizar á los pueblos y guiar á los individuos por la senda del bien*; pero la historia de todas las religiones positivas que explotan en la *realidad de la tierra* los negocios fructíferos del *cielo ilusorio*, muestran no bien á las claras lo absurdo y fermentido de tal presunción, pues nada resulta tan inmoral y monstruoso como el escandaloso monopolio ejercido sobre los hombres en el *santo nombre del que todo lo da graciosamente*.

Perturbando con intolerantes predicaciones de guerra y exterminio la conciencia de las masas esclavas, las religiones han encendido en el mundo la tea de todos los grandes enconos sociales, haciendo de los hombres seres fanáticos, ignorantes, crueles y feroces, dispuestos siempre á la perpetración de las más infames hecatombes en nombre, desde luego, de sus particulares creencias y para glorificar (¡qué sarcasmo!) la augusta memoria de un Dios todopoderoso y dulcedumbre que, por regla general,

y para que resulte más palmaria la incoherencia, les ordena, generosamente, *amar al prójimo y perdonar al enemigo*.

La historia de la jurisprudencia, con su farraginoso secuela de leyes y disposiciones, tan absurdas como depresivas, demuéstranos la inutilidad, ridiculez, injusticia y prejuicio en que se fundamenta el tan consagrado derecho de propiedad.

Desde el establecimiento legalista de este *derecho*, injusto por lo que tiene de particularista y despojador, todavía no han conseguido determinar los hombres el modo general de entenderlo y la manera universal de practicarlo. Sobre la aplicación de tan trascendental principio de derecho jurídico, cada nación ha tenido sus leyes particulares, cada provincia sus fueros exclusivos, cada distrito sus costumbres consuetudinarias y cada jurisconsulto ó legislador sus opiniones diferentes. De tan confusa diversidad de *legalidades vigentes*, como no podía menos de suceder, han surgido las grandes confusiones del *derecho escrito*, los fraudes, injusticias, despojos, aborrecimientos, persecuciones, alevosías, las trampas legales, la fortuna y la preponderancia de los *listos*, sobre la ruina y la servidumbre de los honrados; en una palabra, todas esas desgracias horripilantes, todas esas miserias insidiosas, todos esos espantables dramas sociales que constituyen la degeneración del linaje humano y en cuya enunciación circunstanciada es imposible entrar, débense, exclusiva y desgraciadamente, á la proclamación legalista y autoritaria del derecho de propiedad individual.

Los malos jueces han desprestigiado la justicia histórica llenándola de máculas y de insidiosidades con sus parcialidades, triquiñuelas, sobornos, cohechos, prevaricaciones, torpes procedimientos judiciales, torcidas interpretaciones de la ley y actos inquisitoriales á lo Montjuich.

El hombre legislando sobre el hombre y para cohibir la libertad del hombre, es lo más incongruente y tiránico que puede verse.

La historia política de los pueblos, ofrécenos el triste espectáculo de demostrarnos hasta qué grado de rebajamiento moral y falsedad, de artificio y de impostura y de infernal maquiavelismo son capaces de llegar los hombres ambiciosos que aspiran á escalar el poder social para convertirse en tiranos y explotadores de las naciones y las grandes y sangrientísimas perturbaciones que la pasión política promueve en los Estados para saciar la desenfrenada codicia de las clases directoras que se disputan, rabiamente, la presa de *gobernar*, aherrrojando al pobre pueblo que trabaja, paga y sufre, con mentidas monsergas de justicia y liberalidad.

Y, por último, la historia general de las naciones *civilizadas*, con sus anales fatídicos y sus fantásticas descripciones de glorias y heroísmos hábilmente fabricados por el estro industrioso y falaz de la noveladora literatura histórica, á la vista de la razón sanamente ilustrada, no resulta otra cosa que una mezcolanza repugnante de grandeza despótica y miseria degradada, de soberbia salvaje y de bajeza despreciable, de prosperidad usurpada y de infortunio rebajante, de valor audaz y de cobardía vituperable, de osadía criminal y de sacrificio resignado, todo ello groseramente amasado en la agregación monstruosa de opiniones virulentas que unas á otras se contradicen y anulan y repelen, de intereses que se cruzan, de preocupaciones, odios, apostasías, regicidios, traiciones, vejámenes, tiranías, desenfrenos, crueldades, guerras, crímenes, injusticias, humanicidios, todos, todos los males, en fin, que pueden imaginarse emanando constantemente del mezquino egoísmo que forma el fondo tenebroso de la viciada conciencia humana.

Por esto, el estudio de la historia amarga la existencia de todo hombre positiva-

mente ilustrado al percatarse de que jamás ha guiado á la Humanidad, en los laberintos tenebrosos de los siglos pasados, otro espíritu de civilización que el de la fuerza.

El egoísmo, ese sentimiento *natural y desnaturalizador* que todo lo conmueve con agitaciones de lucha fratricida, es el soplo huracanado que determina en sus movimientos convulsos todo progreso humano, toda civilización social. ¡Por eso resultan el progreso y la civilización tan incongruentes y despiadados!

Como acabamos de ver, la historia de la humanidad, es la crónica terrorífica del vandalismo y la cuatrería, de la injusticia y el despojo, del despotismo de los de arriba y de la resignación de los de abajo, ya que, á través de los tiempos históricos, no vemos por todas partes más que violencias y opresión, llantos y desconsuelos; al débil despojado siempre por el fuerte, al virtuoso denostado por el inmoral, al sabio oprimido por el ignorante; pueblos que luchan y se destruyen sin compasión ni piedad para imponerse esclavitudes y servilismos mutuos, en una palabra, la explotación y la injusticia siempre entronizadas por el brazo liberticida de la despótica razón de la fuerza. Y es tal la perversión de las costumbres, tan espantosa la sed de dominar, tan inmenso resulta el cúmulo de crímenes sociales, que parece como que la Humanidad, sofocada por tantas y tan imponderables infamias, no va á poder llegar jamás á la meta luminosa de su regeneración libertadora...

Mas no sucederá así, pese á quien pese, porque al fin, tras los densos nublados de un pasado de crímenes y de despotismos horrendos, hoy ha surgido, en medio de las grandes confusiones en que nos agitamos, esplendoroso y radiante, el vislumbre feliz de un porvenir de justicia, de paz, de redención y de gloria.

La Humanidad se ha salvado: ha hecho surgir la luz en el abismo y se dispone á salir del intrincado laberinto de sus pasadas barbaries y miserias con paso firme y razón serena. La aparición en el llamado siglo de las luces de las redentoras doctrinas socialistas, supone algo así como el hallazgo feliz del salvador *hilo de Ariadna*, que ha de sacar á la Humanidad, transfigurada y brillante, de todos los dédalos laberínticos y opresores ergástulos en que la tienen al presente sumida la tiranía, el fanatismo y la explotación.

DONATO LUBEN.

MEDIOS DE EMANCIPARSE

El preferente es la fuerza intelectual, adquirida por la instrucción ó conocimiento de los derechos y deberes, cuyo ejercicio nos conducirá al disfrute de la libertad y de la justicia.

A su goce no pueden llegar el individuo ni los pueblos ignorantes, porque la civilización los excluye y coloca en peor condición que á los irracionales. En éstos, el instinto de conservación suple ventajosamente á las facultades humanas, que anula la esclavitud social. Los rebaños y manadas, acometidos por fieras carnívoras, saben emitir sonidos particulares, á cuya señal forman círculo, encerrando dentro de él á los pequeñuelos y presentando al enemigo las defensas. Allí no hay jefes, ni valientes ni cobardes. Todos luchan por la vida propia y en amparo de los débiles, sin rendirse nadie, mientras no huyen todos. De ese espíritu de solidaridad y mutuo apoyo, carece el hombre domesticado, que el de animal doméstico y no otro rango ocupa el trabajador. Pero la bestia de carga llamada obrero, adquiere, en servidumbre, el terrible

defecto del individualismo, tan egoísta y exagerado, que le hace inferior al buey, al caballo y demás auxiliares de la producción, preocupándole sólo las necesidades del momento; ofreciéndose á ser esquirol, soldado, verdugo y policía; abandonando á la explotación ó lascivia de los lobos burgueses la débil compañera y las indefensas criaturas; desertando de las filas del trabajo y pasándose, con armas y bagajes, al enemigo, por un miserable jornal que le sigue matando de hambre lentamente. Cocea el macho, al cual se le aprieta la cincha demasiado; échase al suelo, sin querer levantarse ni caminar, el camello y el jumento, cargados con exceso: únicamente el trabajador soporta, con increíble estupidez, la fatiga y el ayuno que no aguantan los cuadrúpedos.

La chispa divina... la inteligencia, ¿dónde la tiene, ni de qué le vale al mozo de cuadra, servidor del caballo de regalo de aquel magnate, que gasta miles de duros en el adorno de la caballeriza, otros miles en la jauría, etc., etc.?

Y hasta en las mismas casas de labranza, ¿quién está mejor cuidado y mantenido, el gañán que da los piensos y abreva, ó el ganado?

Recorramos el inmenso campo de la industria y busquemos una fábrica, un taller, un establecimiento cualquiera donde el dueño preste más atención al obrero que á las máquinas, artefactos ó animales, empleados en el trabajo. No lo hay. En todos, absolutamente en todos los ramos de la producción, *lo que menos cuesta menos se estima*, y como dentro de la organización burguesa ni siquiera hay que comprar esclavos, pues éstos se brindan, sin precio, por la empeñada lucha de la miseria, la máquina hombre no tiene valor en el mercado. Y no te exceptúes, ilustre escritor ó literato *pobre*, no huyas del sambenito de animal doméstico, tú, presumidor de inteligencia, cuando para comer ¡tienes que venderla!

Cuantos trabajamos á sueldo, jornal, salario ó estipendio pagado por otro, no somos hombres, sino criados, servidores, súbditos, que por fuerza carecemos de autonomía, libertad y vergüenza, ignoradas por quienes, abdicando de su yo, reconocen derecho y justicia al mandato ajeno.

Se cree, y es cierto, que, mediante la instrucción, romperemos las cadenas de la servidumbre. Pero ¿cómo lograr esa instrucción, si los que la poseen son los primeros interesados en que no se difunda?

¿Cómo un doctor en ciencias sacaría las botas ó barrería el gabinete de un salvaje negrero, enriquecido con el látigo en sus ingenios?

Los gobiernos pueden gobernar á brutos; pero á inteligentes, de ningún modo. Los curas pueden embaucar á estúpidos; pero á gentes de criterio, nunca. Los generales manejan á placer esas piaras de inconscientes matadores, solteros é imberbes que se llaman soldados; pero á hombres que tuvieran familia y entendimiento, jamás. Los capitalistas podrán hacer creer en la licitud de sus negocios á los no explotados por ellos; pero no convencerán á los infelices que, ganando ocho, fueron pagados con dos. Los legisladores, jueces y demás REPRESENTANTES de la justicia, persuadirán de la bondad de las leyes á los favorecidos por ellas, pero no á la inmensa mayoría de perjudicados.

De ahí que la instrucción verdadera y emancipadora, la instrucción pura del deber para todos, nadie la espera de los gobernantes que la explotan, ni de las clases directoras que la detentan. Estas constituyen el supremo obstáculo para que se generalice, y éstas son las que, antes que la ignorancia, deben desaparecer.

Apetezcamos y vayamos á la instrucción que nos redima y dignifique; que de ani-

males domésticos nos convierta en productores libres; pero destruyendo los obstáculos de la enseñanza, cambiando radicalmente el modo de ser de la sociedad.

Para lograrlo se requiere la revolución, sin armas ni muertes: la gran revolución de «el que quiera comer que trabaje», la gran revolución de *el paro general*, merced al cual quedarán suprimidas en el acto las servidumbres y el dinero.

Sin criados ni monedas, los lobos sociales no podrán despedazarnos. ¡Guerra á las quintas y á los billetes de Banco! Y después de asegurar la vida y el alimento, conseguiremos la instrucción.

Los que se oponen á la huelga general, son amos nuestros ó aspirantes á serlo. ¡No escucharles! Demuestra la experiencia que se ha gastado neciamente más de medio siglo en luchas políticas y huelgas parciales, cuyo importe, en sangre y recursos, es incalculable; mientras que el paro general del trabajo, resolverá todas las cuestiones antes de una semana.

JOSÉ LÓPEZ MONTENEGRO.

TRIBUNA DEL OBRERO

ENTRE JARAS Y BREZOS

X

DESEOS

El Sr. Felipe pasaba los días enteros encerrado en su casa, y alguno que otro montaba en un hermoso caballo, yendo á visitar sus haciendas, donde se distraía; pero al volver por la noche á su casa sentía la nostalgia de sus años, sin tener un ser cerca de sí á quien amar, y del cual fuera amado y tratado con cariño.

Su buena criada Berta no llenaba el vacío que sentía en su corazón desde que sentía la falta de su hija por su propio consentimiento, que pudiendo perdonarla y tenerla á su lado, la despidió brutalmente de su casa, todo porque la joven no había consentido en el sacrificio de toda su vida que quería imponerle su padre, casándola con un hombre á quien no amaba; y el buen hombre comenzó á reflexionar y á hablar al corazón más que á las conveniencias sociales, y se dijo:

«Soy todo un estúpido, todo un solemne animal, al querer casar á mi buena Elisa con un hombre que no era de su gusto; pues el que se casa es para toda la vida, al menos de que uno de los dos falte, y el matrimonio debe de ser formado por el mutuo consentimiento de los amantes, y no por el de los padres; por el amor y no por el dinero, puesto que éste, en el sentido moral y espiritual, no constituye la felicidad. ¿De qué me sirve á mí tener algo, si no puedo dormir tranquilo, pensando siempre en mi hija y mi nieto? Ellos viven muy modestamente y son felices... Soy orgulloso, me lo conozco, y este maldito orgullo es lo que me tiene intranquilo. Seamos modesto, humilde y bueno, porque ya á mis años es una infelicidad y una solemne tontería creerse que uno es algo, cuando no ha de tardar mucho tiempo en que mi cuerpo se convierta en polvo... Nada; mi corazón y mi razón me dicen que amo á mi hija y á

Pedro, porque es su esposo. Quiero pedirles perdón por el mal que les he hecho. Ellos me perdonarán, y se vendrán á vivir conmigo aquí, á esta casa, que es demasiado grande para mí solo. Yo, que ya apenas puedo andar, porque mis viejas piernas comienzan á flaquear, jugaré con mi nieto, con el pequeño Arístides que no he visto nunca. ¡Oh!... Qué feliz voy á ser, y qué contento y á gusto pasaré los días—se decía el anciano, frotándose las arrugadas y descarnadas manos lleno de júbilo, y ya se creía tener sobre sus rodillas á su nieto, colmándolo de besos y caricias.

Se levantó de pronto de la silla, que ocupaba hacía ya largas horas, y salió á la calle, encaminándose en derechura á casa de D. Antonio, el que verdaderamente se portó con su hija como padre amantísimo cuando la vió en la desgracia.

La criada del cura le salió á recibir, pues éste se hallaba ocupadísimo en su jardín cultivando las plantas odoríficas que iban á embellecer en los días solemnes los altares de su iglesia. Gustaba más del estudio de la Naturaleza, que de los teológicos; más de la realidad, que de las ideas abstractas.

Su criada se acercó á él, diciéndole que el señor Felipe lo esperaba.

Abandonó el jardín y se internó en la casa, donde el padre de Elisa esperaba.

Éste, apenas vió al sacerdote, le dijo:

—Como pecador arrepentido, vengo á pedirlos perdón de mis culpas y pecados.

—No os comprendo—dijo D. Antonio—, puesto que en la iglesia y no en mi casa está el confesonario.

—Lo sé, D. Antonio—y añadió—: Hablemos como buenos amigos. Un día me pedisteis en mi casa que perdonara á mi hija por una falta que había cometido; yo, no solamente debí perdonarla, sino portarme con ella como buen padre que quiere á sus hijos, como usted lo ha hecho con ella, á imitación de Cristo, que «si una puerta se cierra en la tierra, cien se abren en el cielo». Yo, impulsado por la soberbia, se la cerré á mi hija, y la de usted se abrió para ella. Vengo á daros las gracias por vuestra buena obra y á pedirlos un favor, que no podré pagar nunca. Estoy arrepentido—continuó el anciano—de lo mal que he obrado con mi hija, y quiero pedirle que me perdonen y que se vengán á vivir conmigo á mi casa, que es de ellos; quiero conocer á mi nieto, que amo con delirio, sin conocerle, más quizás que á mi Elisa; y usted, D. Antonio, será el encargado de poner mis deseos en su conocimiento; nadie mejor que usted puede llevar esta misión á feliz término. Y decirle—agregó el anciano todo emocionado—que si me perdonan, mi cariño eterno no será suficiente para pagarles el bien que me hagan. Yo, ya lo veis, estoy cargado de años y necesito tener cerca de mí á seres á quien amar, y que me amen con desinterés. Existiendo esos seres, quiero tenerlos á mi lado noche y día. Yo mismo quiero ir á su casa á pedirles que me perdonen; pero usted les manifestará estos deseos míos, y me dirá si están dispuestos á recibirme con los brazos abiertos.

—Estoy seguro, segurísimo—dijo el sacerdote—de que los deseos de su hija no son otros, y voy en seguida á darle esta buena nueva.—Y añadió—: Veréis qué contentos se van á poner cuando sepan esto.

—Entonces, ¿os espero en mi casa, ó vengo aquí á saber si me reciben?

—Esperarme en vuestra casa—contestó D. Antonio.

Y el señor Felipe se retiró, abrigando la consoladora esperanza de estrechar pronto á sus hijos.

AURELIO MUÑIZ.

(Continuará.)

EL OBRERO LIBRE

El obrero de la presente sociedad no es libre más que en apariencia. Libre se le cree porque tiene libertad para ir y venir del trabajo á su casa, y de su casa á la taberna; pero sin salirse nunca de la rutina que sus explotadores le enseñaron para que nunca viera la luz de la razón y de la verdad. En el momento que el obrero piensa en sus derechos y lucha para obtenerlos, entonces es perseguido y maltratado por aquellos mismos que le cierran las puertas de la ilustración. ¿Que por qué se las cierran? Porque si el obrero piensa, si el obrero sale del letargo en que le tiene sumido esa burguesía que hoy come y se pasea sin producir nada útil para la humanidad, caerían los privilegios de unos y se elevarían los de otros.

Entonces el obrero sería libre y dueño de sí mismo; ahora es esclavo del que le da monedas á cambio de un penoso trabajo.

¿De qué sirve que el obrero tenga unas cuantas horas de descanso, si al reanudar su tarea el patrono le esclaviza y le avasalla? ¿De qué le sirve tener unas cuantas horas de libertad para embrutecerse, ya que no tiene otros medios, si ha de rendirse á la esclavitud de la inteligencia y de la miseria?

Las horas que parecen libres son de tormento, porque le falta lo principal, que es el pan para su familia, y si aquellas horas las dedica á pensar, se ve perseguido, encarcelado en una cárcel ó expulsado del reino.

Queremos esa libertad real que posee el ave ó el pez, y que desconoce el hombre, á pesar de su superioridad, y sólo la obtendremos en una sociedad nueva donde la verdad y la justicia sean un hecho; entonces es cuando el obrero será libre y dueño de sí mismo, sin autoridad que le domine ni burguesía que le explote.

ENRIQUE GÜEMES

DESPIDO Y MALDICIÓN

Me hallaba indeciso. Recapacité, y por fin determiné abandonar la ciudad. Sentía en mi corazón un amor sincero hacia las personas con quien me relacionaba y vivía, amor que me impedía realizar mis propósitos.

Antes de marchar, quise por última vez mirar los siniestros muros del castillo de Montjuich; y en los confusos rumores que de la ciudad llegaban á mis oídos, parecía-me percibir los horribles ayes de dolor que exhalaban las víctimas de aquellos esbirros que torturaban con crueldad indecible.

Ante la triste soledad de aquel paisaje tenebroso y solitario, cual Calvario moderno, apoderóse de mi corazón la más honda tristeza y cruzó por mi mente la más triste visión. Penetré cual mágica sombra en aquellas tétricas mansiones, apareciendo ante mis ojos el siniestro castillo con su tribunal secreto, sus instrumentos de tortura, sus calabozos subterráneos y horrendos y sus odiosos é insensibles verdugos.

Recordé al momento el horrible relato de los martirios infligidos á los desdichados que habían tenido la desgracia de caer en las garras de la reacción: la retorción de testículos, los hierros candentes, las astillas clavadas en las uñas, el bacalao seco

sin pan ni agua, las palizas, etc., etc., todas estas infamias me parecía contemplar, cuando de repente, obsesionado ante tamañas iniquidades, se apoderó de mí la idea de la venganza, el deseo de una revolución social que acabara de una vez con todos los sostenedores de las odiosas instituciones que toleran tan inauditas monstruosidades contra la humana dignidad.

Caminé unos pasos en dirección opuesta al castillo, á fin de desvanecer aquellas horribles visiones que de mí se habían apoderado, pero érame imposible proseguir el camino: la idea de la venganza embargaba mis sentidos, y el odio contra la reacción agujoneaba mi espíritu; entreveía el bienestar de la humanidad, y al través del negro crepúsculo reaccionario veía surgir en líneas mil la aurora radiante de la libertad.

Reposé un momento, y cuando pude desvanecerme de aquella obsesión y formarme un concepto claro de las cosas, miré á mi alrededor para observar á los hombres y analizar el ambiente en que se agitaban.

¡Qué contraste! El engaño, la falsedad, la cobardía, la indiferencia, la desconfianza, el robo, el asesinato, la prostitución, vi, en fin, á un pueblo que presentaba todas las señales de descomposición y de degeneración física y moral. ¡Imposible, exclamé, que este pueblo sepa vengar á tanta víctima! ¡Es un pueblo sin conciencia! Y mientras así reflexionaba, acudió á mi mente esta interrogación: ¿quienes son los culpables? ¡Ah, los culpables!... Y cambié al momento la idea que sobre el pueblo honrado me había formado. Vi al clero y á los maestros envenenando los tiernos cerebros de los niños; el cuartel y la fábrica embruteciendo y corrompiendo á la juventud; la justicia castigando á la inocencia y la pobreza; la intolerancia religiosa enseñoreada de la ciudad y cultivando la ignorancia; la burguesía avarienta esquilmando la riqueza de los productores; en fin, ante tales causantes de la descomposición de aquel pueblo, comprendí la gran necesidad de hacer activa propaganda hasta hacerle comprender que no confíe en las promesas de los gobiernos ni en su justicia, y que para salvar á tanta víctima social es preciso acabar con la propiedad individual y los regímenes autoritarios.

Ya surgía el crepúsculo cuando llegué al término de mis reflexiones. Eran las cinco y media. Eché una mira hacia el castillo maldito y vi que el vigía anunciaba desde el torreón, con banderines y gallardetes, la entrada de un trasatlántico; era el que debía conducirme á América. Corrí hacia mi casa, cogí el equipaje y me presenté á bordo. Dos horas después, oyóse un fuerte silbido. El buque zarpó.

A medida que la embarcación avanzaba pude observar desde cubierta cómo desaparecía en medio de densa nube la silueta del siniestro Calvario de Montjuich, y pensaba: ¡si con la facilidad que pierdo de vista aquella montaña pudiera hacer desaparecer todos los tiranos de la tierra, cuán feliz podría vivir la humanidad!...

El buque avanzaba con dirección al Oeste, y mientras el castillo sumíase envuelto en el tenebroso manto de la noche, surgió del fondo de mi corazón este delirante grito de estertor: ¡Sociedad inicua que toleras en tu seno tan grandes infamias, maldita seas!...

FÉLIX COROMINAS.

Buenos Aires.

MADRID.—Imprenta de Antonio Marzo, Pozas, 12.